

APORTACIÓN DE LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL CERRO DE CAPELLANÍA (PERIANA. MÁLAGA) A LOS INICIOS DEL PRIMER MILENIO a.C. EN LA PROVINCIA DE MÁLAGA

por Emilio Martín Córdoba

El artículo que presentamos tiene su base fundamental en el trabajo de tesis doctoral del autor, realizada en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla (Martín Córdoba, 1994), sobre el estudio de la secuencia del Corte 2 del Cerro de Capellanía (Periana. Málaga), y el proyecto de investigación desarrollado en la Depresión de Colmenar-Periana, concretándose especialmente en su contribución a los inicios del I milenio a.C. en la provincia de Málaga.

Cerro de Capellanía se halla ubicado en el curso alto del río Vélez, zona oriental de la Depresión de Colmenar-Periana (36º 53' 50" Latitud Norte y 4º 10'30" Latitud Sur). Es una cresta calcárea de unos 254 m. sobre el nivel del mar, que queda bordeada al este y sur por el río Guaro. (Fig. 1). En él se han realizado dos campañas de excavaciones, a finales de 1986 y en julio de 1987 (Recio et alii 1986; Martín Córdoba, 1995), atendiendo a las necesidades de urgencia por las obras del Pantano de la Viñuela. El cariz de la intervención que adquiere el estudio del yacimiento y la particularidad de la excavación de urgencia, condicionó su planteamiento y objetivos, considerándose de interés preferente la fijación ocupacional y estratigráfica, para lo cual se realizaron una serie de sondeos (un total de 8 cortes), y subordinando la excavación en extensión, lo que impidió obtener los niveles de información adecuados para un estudio más preciso y totalizador del poblado. De esta forma, los resultados han quedado limitados y difícilmente exceden de la mera ordenación seriada de materiales, aunque se nos ofrece una importante base de contrastación y un valioso nivel referencial para la investigación de la Prehistoria reciente en la Depresión de Colmenar y en gran parte de la provincia de Málaga.

FASE CONSTRUCTIVA VII DEL CORTE 2

A finales del II milenio a.C. se vuelve a registrar una nueva ocupación humana en Cerro de Capellanía. A nivel constructivo las innovaciones son muy importantes, pues se crea una sólida muralla y se llega a producir una mayor extensión del área ocupada, que en estos momentos supera el espacio que tradicionalmente se había utilizado para el asentamiento. Mientras que en las fases anteriores la población se circunscribía a la ladera norte y cima del cerro, ahora, estos límites son sobrepasados, y la población llega a ocupar la falda sureste, a los pies de la peña, por lo que en estos momentos se documenta la mayor extensión ocupacional del yacimiento.

La muralla, con un espesor de unos 170 cms., se amolda perfectamente al terreno, presenta una técnica constructiva muy diferente a las registradas en fases anteriores, pero al igual que éstas, se lleva a cabo en la ladera norte, delimitando la plataforma superior del cerro, para proteger el flanco de más fácil acceso; aunque también debió ofrecer una doble función como muro de apoyo para evitar la erosión de la pendiente (Fig. 3). Por ahora desconocemos si también se proyectó otro muro en la zona baja de la ladera sur-este (zona de extensión poblacional).

El tipo constructivo de la muralla contrasta con el de las cabañas, las cuales se realizan por medio de frágiles paredes de barro con entramado de ramaje y cañizo que están soportados por zócalos de piedras de escasa altura y grosor. Los pisos de las habitaciones son de tierra apisonada o pavimentos, bien con arcilla cocida o bien con guijarros planos y regulares.

En cuanto al registro material, comprobamos cómo la producción cerámica está caracterizada por la presencia de ollas (Fig. 5,15-16,24), de orzas (Fig. 5,22; 6,4-6) y sobre todo de cuencos (Fig. 5, 1,3,5, 8,10,14,17,21). Las ollas como las orzas llegan a caracterizarse por sus cuerpos ovoides o globulares, si bien entre las orzas los perfiles rectos son también importantes, personificados en estos momentos por sus grandes dimensiones y por presentar asas planas.

En una proporción marginal encontramos las fuentes y los vasos carenados, entre las primeras son más característicos los perfiles sencillos, y como ocurre con los vasos, suelen presentar la carena, a modo de hombro, en el tercio superior del cuerpo, creando un borde corto almendrado. Característicos diseños que nos advierten de una temprana presencia de influencias del mundo tartesio, de relaciones con el mundo del Bajo Guadalquivir.

La industria lítica tallada nos ofrece una inalterable evolución entre los conjuntos de herramientas de estos momentos (núcleos para hojas, núcleos levallois, hojas, puntas foliáceas, buriles, raspadores, elementos de hoz, etc.) (Fig. 4) con los registrados durante los inicios del II milenio a.C., mostrándonos como la tecnología de producción lítica apenas ha variado con respecto a aquellas. Curiosamente, ahora los índices de consumo registran una ligera, pero importante, subida en el uso del instrumental lítico tallado en el poblado respecto a la fase anterior, pudiéndose hablar de una relativa recuperación en el empleo del instrumental lítico tallado, pero sin llegar a ser como en los del III e inicios del II milenio a.C. (Martín Córdoba, 1994).

Como nos evidencia el registro material, y como a su vez se detecta por las probables actividades de producción, transformación y almacenaje, la base económica subsis-

tencial se mantiene invariable en base al proyecto agrícola-cerealista y a una ganadería de cápridos (Martín Córdoba, 1995).

FASE CONSTRUCTIVA VIII DEL CORTE 2

Sobre el segundo siglo del I milenio a.C., Cerro de Capellanía registra la última ocupación humana relacionada con la prehistoria reciente (la cual habíamos denominado Fase VIII). La extensión del poblado es similar a la fase anterior, sobrepasando los límites de la cima y la ladera norte, y llegándose a ocupar la falda sur, en los pies del cerro, con lo que se mantiene la mayor extensión ocupacional del yacimiento a lo largo de la Prehistoria reciente (Fig. 2).

La documentación de artefactos y ecofactos, manifiesta una clara continuidad con los momentos antecedentes si bien hay que precisar algunas diferencias y peculiaridades.

En lo referente a los recipientes cerámicos, comprobamos cómo los platos y fuentes asumen una mayor variedad de formatos (Fig. 5,2,4,6,7; Fig. 7, 8,9,10,11,16), pero resalta sobre todo la presencia de soportes-carretes (Fig. 7,17) y vasijas de alta calidad con elementos decorativos con la técnica esgrafiada (finas incisiones formando esquemas geométricos, caso de banda de triángulos) de clara asociación con los modelos de la vega antequerana y la depresión rondeña (la cazuela de la Fig.8,4, procede del Corte 1) (Espejo et alii, 1989; Martín Córdoba et alii, 1991-92).

En el ámbito doméstico, son las ollas (Fig. 7,12) los productos más representativos, ligadas sencillamente a una actividad de pequeño almacenaje y funciones de producción y consumo alimenticios. Las orzas presentan novedades en sus diseños y tipométricas significativas (adquieren sus mayores dimensiones, y con ello una mayor capacidad de contención, y quedan representadas por asas macizas que unen la panza con la boca), ahora no son tan numerosas, pero hay que recordar que el espacio de habitación o de vivienda es limitado en el Corte 2 (Fig. 8,1,3).

La industria lítica tallada conoce un gran descenso en su consumo, pudiéndose hablar de una importante decadencia, pero los ítems ligados a procesos de producción agrícola/cerealista se siguen creando con esta materia prima y en su elaboración técnica no se demuestra que existiera un período de declive.

Lo más destacado en estos momentos es la presencia de un espacio especializado, que se relaciona con un horno metalúrgico de fundición (Fig. 2. Fotos 2 y 3). A juzgar por los restos materiales registrados, el horno, la punta de flecha metálica, el fragmento de molde de fundición, abundantes escorias de metal, etc., nos permiten apreciar cómo todos los pasos del proceso de transformación aparecen representados, alcanzándose un importante nivel de conocimiento técnico, muy alejado ya de los estrechos límites en que hubo de desarrollarse la metalurgia del cobre en los tiempos del III y II milenio a.C. En resumidas cuentas, la definición de un espacio especializado metalúrgico localizado en la zona más elevada del poblado, dentro de la muralla, nos advierte de la existencia de una artesanía no doméstica, tanto para un consumo interno como para abastecer a otros núcleos inmediatos, y que debió representar una actividad económica de un importante valor para los pobladores de Cerro de Capellanía.

Los ecofactos y artefactos asociados con actividades de producción-consumo nos

muestran que se está dando un proyecto económico subsistencial con un marcado carácter agrícola cerealista, con un importante apoyo de una ganadería doméstica basada más en los bóvidos que en los cápridos, pues posiblemente han pasado a ser más ganaderos que pastores por el apoyo que prestan aquellos en las labores de campo y de carga. En definitiva, se nos presenta una economía subsistencial que apenas ha variado respecto a los siglos anteriores, donde también persiste la producción-elaboración textil, como nos sugiere la presencia de los elementos de telar.

Los productos exóticos y de alta calidad, relacionados con esta fase, nos revelan la existencia de un consumo de carácter individual identificado en estas pertenencias, que denota la presencia de individuos que tienen un cierto prestigio social, y la revitalización de las vías de intercambio causada por la asimilación de los productos del circuito de la Vega de Antequera, que son demandados por las élites de la Depresión de Colmenar.

ANÁLISIS HISTÓRICO DE LAS COMUNIDADES INDÍGENAS EN LOS INICIOS DEL I MILENIO A.C.

En la provincia de Málaga no contamos con elementos suficientes del registro arqueológico que nos permitan indagar la evolución de las poblaciones hacia el período convencional conocido como Bronce Final. En este sentido, se ha considerado la existencia de un hiatus de poblamiento entre los últimos siglos del II milenio a.C. y los inicios del I milenio a.C., que incluso se prolongaría a los siglos siguientes, cuya explicación es consecuencia de la falta de trabajo de campo. Desde mediados de los años ochenta se han generado distintos proyectos de investigación en diferentes áreas de esta provincia, caso de la Depresión de Ronda (Aguayo y Carrilero, 1985; Aguayo et alii 1985, 1987 a y b), Valle del Turón (Espejo y Cantalejo, 1988 y 1989; Ramos et alii 1987; Espejo et alii 1989; Martín Córdoba et alii 1991-92), Depresión de Colmenar-Periana (Martín Córdoba et alii, 1987, 1988; Recio y Martín Córdoba, 1991; Martín Córdoba 1995) y en toda la cuenca del río Guadalhorce (Recio, 1988; Recio et alii, 1991, 1992 y 1993), que han conformado un panorama muy diferente, aunque no pueden considerarse como definitivos o cerrados.

Estos últimos trabajos de investigación fundamentados en las prospecciones superficiales, según las zonas, han sufrido distintos niveles de intensidad y de metodología, con excavaciones sistemáticas y sondeos estratigráficos o de urgencia, que han brindado una importante base empírica que rompe con la situación anterior y que posibilita negar que en la zona malagueña existiera un despoblamiento generalizado en los momentos previos a la presencia semita. Pero lamentablemente, la mayoría de los datos con que actualmente contamos, se relacionan con materiales superficiales, pues sólo unos cuantos poblados han sido excavados, caso de Acinipo (Aguayo et alii, 1985), Aratispi (Perdiguero, 1991-92), Llano de la Virgen (Fernández et alii, 1991-91), Cerro de Capellania (Recio et alii, 1986; Martín Córdoba, 1994) y los Castillejos de Teba (García et alii, 1995), casi todos relacionados con pequeños sondeos que nos ofrecen una información limitada y parcial para estos momentos previos a la colonización fenicia, con lo que el análisis de los artefactos recuperados en superficie se convierte en la base principal para el estudio de las poblaciones del Bronce Final precolonial, lo que dificulta realizar cualquier subdivisión o diferenciación como se ha constatado en Cerro de Capellania. Ante tal situación, y hasta que se realicen las excavaciones pertinentes que clarifiquen la particular disposición de

cada yacimiento en el tiempo histórico, incluiremos a todos aquellos que no presentan contaminación de productos semitas, en un todo hasta el 800 a.C.

A nivel territorial, desde el 1100 hasta el 800 a.C. (Fig. 9) se registra una recuperación del poblamiento humano tras la crisis del tercer cuarto del II milenio a.C., en el Pasillo de Colmenar, en el Bajo Vélez, en la Campiña de Antequera y áreas limítrofes, en la Depresión de Ronda y en las tierras de Alhama, al otro lado de las sierras de Almijara y Tejeda inmediatas al Alto Vélez. Atendiendo a los elementos que caracterizan las diferencias entre asentamientos (extensión, ubicación geográfica, altura, topografía, visibilidad, probabilidades de población, función económica, interrelación con asentamientos inmediatos, etc...) hemos podido distinguir entre ellos cuatro modelos básicos, si bien será la excavación del lugar la que nos reportará la correcta definición de cada yacimiento:

- Grandes poblados, con claros indicios de estructuras de fortificación, cuya posición en el territorio circundante es claramente dominante, incluso en los casos en que la altitud absoluta se mantiene en niveles bajos en altura, con una clara definición estratégica y de dominio territorial. Sus posibilidades agroeconómicas son muy diversas. La gran mayoría se localizan al norte de la barrera montañosa del subbético, en la depresiones de Ronda, Antequera y Alhama, propias de una alta rentabilidad cerealista.

- Poblados secundarios, de dimensiones variables, fortificados o no, en altura o ladera alta y de carácter estratégico. Posiblemente complementarios política y económicamente.

- Asentamientos de reducidas dimensiones, a modo de recintos fortificados-torres, su principal elemento diferenciador es la ubicación en altura y con altos niveles de pendientes, así como un gran control visual sobre el territorio. Localizados preferentemente en zonas de paso, proliferan en la barrera montañosa del subbético, y de escasa potencialidad agraria.

- Asentamientos de tamaño pequeño, en llano o en pequeñas ondulaciones del terreno o en ladera baja, con ausencia de fortificación, de carácter agrícola (cuando se asocian a artefactos que denotan un proceso productivo agrícola-cerealista, caso de elementos de hoz y sobre todo molinos y manos de molinos), lo que no excluye otras actividades complementarias.

En el pasillo de Colmenar, al igual que ocurre en el Cerro de Capellanía, existen claros indicios de una reocupación del poblado de El Castellón, que había sido utilizado durante la segunda mitad del III milenio a.C. (Recio et alii, 1986-87; Martín Córdoba et alii, en prensa), ubicado sobre un cerro de relativa altitud y defensa natural, que controla la vía natural del río Campanillas.

Al sur de la Vega de Antequera, en las inmediaciones de los ambientes serranos, se testimonia un nuevo lugar de ocupación en la Peña de los Enamorados (Moreno y Ramos, 1982-83), concretamente en su ladera sudeste, confirmando la transcendencia y el valor estratégico del sitio tras una reiterada continuidad de establecimientos en su contexto. Al oeste, en el área de los pantanos del Guadalhorce, se asiste a un importante y complejo poblamiento, caso de las cabañas de Huertas de Peñarubia (García et alii, 1995). En el Valle del Turón se ha documentado un significativo y variado asentamiento humano, destacando El Cerrajón, Peña de Ardales, Pico Vado Real, Lomas del Infierno y Campig/1 (Espejo et alii, 1989; Martín Córdoba et alii 1991-92); el primero de ellos se trata de un pe-

queño recinto fortificado que pudo haber tenido la función de control del Puerto de Málaga en favor del poblado de Peña de Ardales, probablemente de medianas dimensiones, mientras que los tres restantes se corresponden con pequeños asentamientos agrícolas en cuya ubicación no se advierten grandes preocupaciones defensivas, sino más bien un intencionado directo control sobre las tierras para las actividades agrarias que desarrollaron; al este, en la confluencia de los actuales pantanos, se localiza un nuevo poblado en el denominado Espolón del Guadalhorce (Campillos) (Espejo et alii 1989) de accidentada topografía y controlando la vía del Guadalhorce hacia la campiña de Antequera. Algo más al norte, se han registrado la existencia de pequeños asentamientos agrícolas, caso de los Castillejos de Alameda (Recio, 1993) con similares características a los del Valle del Turón, y un gran poblado, Los Castillejos de Teba (Recio, 1990), que apunta como gran centro político, cuestión que se reafirmará en los siguientes siglos. Caso especial, y por ahora único en este territorio, concretamente en la cuenca del río Guadalteba, próximo a la vía de los ríos Corbones y Guadalete hacia la Baja Andalucía, es el reciente hallazgo de una estela decorada en las inmediaciones de la localidad de Almargen, en la que se representa la figura de un guerrero y su armamento, así como la presencia de una espada de lengua de carpa (Villaseca, 1987; 1993), que revela la existencia de una aristocracia agraria con una definida naturaleza militarista, y con una marcada emulación a las aristocracias de Tartesos (Barceló, 1989), en una autoafirmación de dominio y poder social y territorial, dentro y fuera de la comunidad.

En la depresión rondeña se documenta este Bronce Final en el casco urbano de la ciudad de Ronda (Aguayo et alii 1988) y en Acinipo (Aguayo et alii, 1986 b), por ahora los dos yacimientos no se relacionan con estructuras constructivas, debido a la escasa extensión de la zona excavada al hallarse por debajo de estructuras de la fase siguiente.

Situación parecida a la del Valle del Turón encontramos en la Depresión de Alhama, justamente en la cuenca del río Cacín, donde se ha podido diferenciar la existencia de un gran poblado, Las Colonias (Fornes) (Pachón et alii, 1979; 1983), y próximo a él se ha localizado un pequeño recinto fortificado, la Mesa de Fornes (Pachón et alii, 1979; 1983; Pachón y Ulierte, 1980), en los que hallamos una clara vinculación de dependencia, sobre todo de este último sobre el primero, por el control de la encrucijada de caminos que supone la vía del río Cacín entre la costa y el interior, donde confluyen las vías naturales procedentes de los puertos de montaña de Zafarraya, Cómpea y Frigiliana.

De la franja costera, prácticamente desconocida, se tiene una menor información como consecuencia de la ausencia de un proyecto de investigación; por ahora no se puede asegurar la existencia de importantes centros políticos locales y menos aún de una destacada aglomeración humana como ocurre en el interior, que posiblemente sea una causa que permita el desarrollo de los centros fenicios en el siglo VIII a.C., pero debemos recordar la falta de estudio en ella. En el Bajo Vélez, se constata la creación de un nuevo asentamiento en la denominada Fortaleza de Vélez (Gran Aymerich, 1973; 1981), definido por su gran control visual de la Vega del Vélez y por su defendibilidad natural; probablemente, este yacimiento se pudo relacionar con un poblado de cierta relevancia durante el siglo VIII a.C., pero poco se puede decir de él ante las limitaciones de espacio del sondeo, aunque la reciente presencia de cerámicas a mano de estos momentos en otras áreas del lugar permite entrever la posibilidad que hemos apuntado (Martín Córdoba, 1994). En el contexto de la Hoya de Málaga se comprueba una nueva fase de ocupación en el po-

blado del Llano de la Virgen (Coín) (Fernández et alii, 1991-92), y en el extremo opuesto a ésta, en las inmediaciones de la ciudad de Málaga, se ha llegado a detectar la presencia de un posible asentamiento en el Cerro de S. Telmo (Rueda, 1974: Lám. 3, fig. 5).

Este paisaje humanizado, si observamos la situación del poblamiento en las diversas zonas, básicamente viene a indicarnos la existencia de áreas diferenciadas, con distintos modelos de articulación interasentamiento:

a) Modelo que diseña una ocupación del espacio físico articulando un poblado de tamaño pequeño, mediano y grande, con otros asentamientos, si bien puede manifestarse distintas variables a partir de la asociación con tipos torres, asentamientos agrícolas, etc.

b) Asentamientos que no se articulan directamente en su ámbito con ningún otro.

Por otra parte, la diferencia entre asentamientos, atendiendo a los rasgos individuales y la relación rango/tamaño (Cazella, 1982; Brumfred y Earle, 1987; Nocete, 1989 a), nos revela claramente la existencia de una jerarquía poblacional en cada núcleo, sobre todo en el contexto de los valles del Turón y Cacín, aglutinados a partir de un poblado con marcado carácter central y defensivo, que polariza la ordenación territorial (Earle, 1978; Burillo, 1981), como centro de poder local en los territorios periféricos al área tartésica.

En esta articulación, con límites tan precisos, y con tan clara diferenciación tipológica y con distintos planteamientos territoriales, parece advertirse la existencia de una situación fronteriza, a partir de un sistema articulado desde la naturaleza disuasoria y defensiva de los principales poblados y otros secundarios (como la creación de un lienzo de muralla en Cerro de Capellanía), así como por la construcción de torres, que conduce a un diseño de frontera-cadena en todo el arco subbético (Ruiz y Molinos, 1989) y a la existencia de una conflictividad territorial y coercitiva (Nocete, 1989b), interna y externa, que en estos momentos se suma a una ubicación estratégica ante una evidente intencionalidad por el control de las vías de comunicación-intercambio interior y costa, especialmente aquellas que se relacionan con las sierras subbéticas, que en este tiempo se ven dinamizadas por la entrada de bienes que vendrán a reproducir la jerarquización. De otra parte, esta conflictividad debe enmarcarse en una dinámica centro-periferia (Amin, 1974; 1980; Friedman y Rowlands, 1978 a; Paynter, 1985; Kristiansen et alii, 1986; Rowlands, 1987; Nocete, 1989 a), expresada al menos en los conflictos por la circulación y distribución de excedentes, pues el proyecto agrícola-cerealista sigue siendo la principal base económica de estas formaciones sociales.

En definitiva, esta variabilidad de asentamientos (poblados nucleares y asentamientos satélites) con una marcada organización espacial en función del control social del territorio, desde finales del II milenio a.C. hasta los momentos previos a la colonización fenicia en la costa, nos permite suponer cómo a nivel interno de las comunidades indígenas existía una reacción inmediata a la composición de la realidad espacial, es decir, se presupone el territorio político y en última instancia el asentamiento residencia. Para nosotros, esta realidad territorial, junto con la información aportada desde Cerro de Capellanía, nos presenta un panorama que rompe con la idea de que los grupos del final de la Edad del Bronce en el sur peninsular se caracterizaban por «una forma doméstica de producción..., que funciona en un estado de anarquía primitiva, debidamente corregida por los vínculos de parentesco ... y la reciprocidad que éstos suponen» (González Wagner, 1983: 9), o que existieran tribus o pequeñas jefaturas singularizadas por unas densidades

de población relativamente bajas, con pequeñas aldeas normalmente sin defensa (Harrison, 1988: 40). Si bien creemos que tras la crisis del 1300-1200 a.C. las formaciones sociales de la Iberia meridional, a excepción de la zona oriental, entraron en un período de relativo declive, que no debió extenderse más allá del año 1000 a.C., pues la teórica y prolongada decadencia de estas poblaciones es más consecuencia de la falta de trabajo de campo que de una evidente realidad histórica. Así pues, la información aportada desde los recientes proyectos de investigación en la provincia de Málaga, nos indica la existencia de unas comunidades agrarias con unas complejas ordenaciones territoriales, propias de unas sociedades aristocráticas en proceso de formación.

A partir de los inicios y hasta finales del siglo VIII a.C. (Fig. 10), se crean los primeros enclaves urbanos fenicios en la costa (Schubart, 1982; Schubart y Arteaga, 1986; 1990; Arteaga, 1987; Aubet, 1987), provocando el encuentro de dos mundos, indígenas y semitas. Coincidiendo con estos momentos, al sur de la barrera subbética se produce el repentino abandono del lugar de Cerro de Capellanía y del Llano de la Virgen.

La llegada de los fenicios supuso una aceleración de los procesos sociales y tecnológicos en las poblaciones autóctonas. En un principio, este contacto debe definirse dialécticamente, lejos de los planteamientos del idealismo difusionista y normativoculturalista, pues los indígenas no quedaron relegados al mero papel de espectadores. El encuentro no es sólo cultural, de mercancías, o exclusivamente económico definido por las leyes de mercado. La comprensión de éste, es mucho más compleja, debe producirse en el marco de relaciones sociales de cada formación social y concebirse a partir y desde la dinámica centro/periferia entendida en un marco de contrarios en el espacio, dentro del conflicto de la frontera y en las contradicciones que esta genera (conflictos socioeconómicos, étnicos y territoriales) y desde una triple órbita (indígenas, semitas e indígenas/semitas).

Con la denominación de «frontera» se asimilan mecánicamente dos ideas implícitas, la existencia de dos ámbitos territoriales únicos y bien diferenciados entre sí y, por otra parte, el reconocimiento de una continuada oposición entre dichos ámbitos. Pero el enfrentamiento continuo y natural entre éstos no puede ser aplicado indiscriminadamente como tampoco la existencia de dos unidades territoriales homogéneas y bien diferenciadas entre sí. Ante la situación actual de la investigación, es difícil plantear la existencia de un poder político central que aglutine a todo el territorio del sur peninsular. Se podría incurrir en el error de considerar el espacio político del Bronce Final andaluz con una fuerte cohesión y unitario, todo lo contrario, se nos muestra o se caracteriza por su discontinuidad; todo él es, en la práctica, una «frontera», propiciada por el carácter inorgánico del espacio de estos momentos históricos, y que hemos podido comprobar anteriormente, perceptible en diversos aspectos (cultural y políticamente) y manifestada, por ejemplo, en el antagonismo de las aristocracias del núcleo tartésico y de los territorios periféricos, en la existencia de innumerables enclaves «estatales» que fragmentan y dividen el territorio. En ese marco, elementos culturales, permiten establecer subáreas diferenciadas (Molina, 1978) que quedan identificadas en función de tradiciones anteriores de los grupos de la Edad del Bronce. Habría que precisar los límites del territorio específicamente tartésico y su marco de influencia, que seguramente será más cultural que político.

De esta forma podemos afirmar que no existe un espacio único y sin fronteras y, menos aun podemos hablar, de la existencia de un poder central que controlase a todo el territorio del mediodía peninsular. Por otra parte, para los inicios del primer cuarto del I milenio a.C., no podemos presuponer con el concepto «frontera» una separación abrupta o una marca divisoria de dos espacios perfectamente definidos que se presentan en un escenario de enfrentamientos permanentes entre dos «civilizaciones» antagónicas y excluyentes.

Partiendo de este planteamiento, cabría indagar sobre los efectos de esta relación en los siguientes aspectos:

- Aclarar la naturaleza de las formaciones sociales.
- Conocer las secuencias comarcales y los modelos estatales en que se encuentran los indígenas.
- Descubrir el proceso interno de la naturaleza de las relaciones, con sus propias contradicciones y conflictos, pues el contacto no va a incidir por igual en todos los territorios, ni de la misma forma en los grupos sociales del mundo indígena y fenicio.
- Tipo de intercambio, proyecto económico en ambas partes, pues ni los indígenas quedaron relegados al mero papel de espectadores-receptores, ni los metales eran el único elemento de interés.
- Conflictividad, en un marco de oposición de contrarios en el espacio, tanto entre los mismos indígenas como entre indígenas-semitas. No es casual el desproporcionado número de enclaves fenicios en la costa andaluza mediterránea frente a la atlántica.

El efecto del impacto provocado por este encuentro, dentro de las poblaciones indígenas al norte y sur del arco subbético, puede ser delimitado en distintos momentos, que ante la falta de secuencias comarcales hacemos coincidir grosso modo con el mismo desarrollo de la colonización fenicia (Arteaga, 1987), desde los inicios hasta finales del siglo VIII a.C., y a partir de aquí hasta mediados-finales del siglo VII a.C.

En el primer momento (Fig. 10), se constata un rápido proceso de relación, entre indígenas y foráneos, posibilitado desde el factor mercantil del modelo fenicio, a través de la principales vías de comunicación. A nivel territorial, en el Pasillo de Colmenar se origina el abandono de Cerro de Capellania y El Castellón, mientras tanto se produce la reocupación del lugar de Aratíspi (Perdiguero, 1991-92), que había sido utilizado anteriormente en los inicios del II milenio a.C.

En el Bajo Vélez existen ciertas evidencias de la pervivencia en el poblamiento de la Fortaleza de Vélez-Málaga, como se advierten por los materiales depositados en el Museo de esta ciudad (Gran Aymerich, 1973; 1981).

En el contexto de la Hoya de Málaga, se ha documentado la existencia de un lugar de asentamiento en Parcela de Cártama (Recio et alii, 1993) y un pequeño recinto fortificado-torre en la Loma de Cuenca (Coín) (Recio et alii, 1993), ubicado en un cerro en altura, que se convierte en excelente sitio para el control, desde una doble vertiente, estra-

tégico militar y económico del Bajo Guadalhorce, a partir de la cuenca del río Grande, como se comprueba por la sólida construcción del recinto cuadrangular con que se relaciona y por su accidentada topografía y el gran dominio visual que se tiene desde él sobre el territorio. En el contexto de la ciudad de Málaga se conoce como Cerro Cabello (Recio, 1993), que domina la bahía de Málaga, aunque se tienen escasos vestigios arqueológicos, sobre todo cerámicas indígenas y, en menor medida, fenicias, pudiéndose corresponder con un pequeño recinto.

Al norte del arco de las sierras que bordean las tierras meridionales de Málaga persiste el asentamiento humano en el contexto de Alhama, en este caso se mantiene la ocupación del recinto fortificado de la Mesa de Fornes, del poblado de Las Colonias, y se produce la creación de un nuevo recinto fortificado-torre en el denominado Cerro del Bañeario (Alhama) (Arteaga, 1977; 1987; Pachón et alii, 1980, 1983; Carrasco et alii, 1986), ubicado sobre un pequeño cerro aislado en la margen derecha del río Alhama y próximo a éste.

En la zona meridional de la campiña antequerana, parece ser que se produce un abandono del sitio anterior al siglo VIII a.C. en la Peña de los Enamorados, en favor de un nuevo emplazamiento en el mismo contexto, concretamente en su falda sur. Algo más al este se tiene constancia de un nuevo poblado fortificado de medianas proporciones, Cortijo Catalán (Recio, 1984-85), situado en un cerro de tipo espolón con una topografía accidentada e inmediato al río Guadalhorce.

En el Valle del Turón continúa el control del Puerto de Málaga a través de la Peña de Ardales y El Cerrajón, y junto a ellos se crea un nuevo sitio de vigilancia en un cerro elevado más próximo al paso de montaña, denominado El Calvario (Martín Córdoba et alii, 1991-92), muy posiblemente se trató de una pequeña torre. Más al este y siguiendo el curso del río, nos encontramos con el asentamiento de la Raja del Boquerón (Espejo y Cantalejo, 1989; Ramos et alii, 1987; Espejo et alii, 1989; Martín Córdoba et alii, 1991-92), donde se manifiestan claramente los contactos con los centros fenicios; está compuesto por varias cabañas de tendencia oval localizadas en una suave y amplia terraza de la margen izquierda del río Turón, sin preocupaciones defensivas e inmerso en un espacio geográfico muy favorable para el desarrollo de una agricultura cerealista, etc. En esta misma área, ya en la cuenca del río Guadalhorce en su unión con el Guadalteba, se encuentra El Castellón (Campillos) (Espejo et alii, 1989; Recio 1990, 1993; Martín Córdoba et alii, 1991-92), que es un cerro en espolón que controla la entrada a la campiña de Antequera; más al oeste se registran dos grandes poblados fortificados en amplias plataformas, caso de Cerro Sabora (Cañete la Real) (Recio, en prensa) y Los Castillejos (Teba) (Recio, 1991; García et alii, 1995), éste último se reafirma como centro de poder político con importantes lienzos de murallas que serán más predominantes en fases posteriores.

Al norte de la Vega de Antequera localizamos el asentamiento de los Castillejos de Alameda (Recio, 1993), ubicado en un cerro de grandes proporciones aunque no podemos asegurar que se trate de un poblado, sino más bien de un pequeño asentamiento de carácter agrícola. Entre los materiales recogidos en superficie, destaca la presencia de cerámicas tartésicas pintadas.

En la depresión rondeña se documentan, tanto en Acinipo como en la ciudad de Ron-

da (Aguayo et alii 1985; 1986 a y b; Aguayo, 1988), los mismos tipos de cabañas que se detectaron en la Raja del Boquerón (Ardales).

Mientras tanto, a lo largo del siglo VIII a.C., en la costa malagueña se está produciendo gradualmente una importante concentración de centros urbanos semitas sobre antiguos estuarios, en lo que hoy en día son amplias vegas, que fueron muy favorables como fondeaderos para sus embarcaciones y excelentes puntos para la comunicación con el hinterland (Hoffman, 1987; Arteaga et alii, 1985; Schubart et alii, 1989). Es el caso de Morro de Mezquitilla (Schubart, 1976-78; 1979; 1984; 1985a; 1985b), Chorreras (Aubert, 1974; Aubert et alii, 1979; Gran Aymerich, 1981), Málaga (contexto de la Alcazaba) (Islerlin, 1978; Muñoz Gambero, 1975; Gran Aymerich, 1983 a, 1983 b) y Toscanos (Schubart et alii, 1969; Schubart y Niemeyer, 1969; Niemeyer, 1982). Esta aglomeración en la costa malagueña y en toda la costa andaluza mediterránea, contrasta con la que se conoce en las costas de Cádiz y Huelva. Distintas razones, en ningún caso excluyentes, pueden explicar este hecho: que ante la adversidad de la ruta marítima del Estrecho se utilizaría la terrestre, con lo que los centros malagueños serían puntos de partida y de llegada; que el Bajo Guadalquivir no es el único interés de los fenicios; que encuentran menos dificultades para establecer sus enclaves en la costa malagueña-granadina mientras que en las costas atlánticas, dentro del territorio nuclear tartesio, se obstruye cualquier tipo de proliferación de centros por encontrarse en abierta oposición con los intereses de Tartessos, pues son tierras de su directo dominio; etc.

Desde este primer momento los fenicios expresan claramente cual va a ser su proyecto, definido en el ámbito colonizador, como comprobamos desde el proceso de creación de centros urbanos a lo largo de la costa ante las necesidades subsistenciales y/o de otra índole, y mercader, no exclusivamente metálico (Schubart y Arteaga, 1986; 1990; Arteaga, 1987; Aubert, 1987a), controlado y dirigido por las grandes familias ligadas a la casa real de Tiro y las oligarquías coloniales. El factor mercantil de este modelo será el que justificaría en principio el rápido contacto producido con el mundo indígena, como se advierte desde el análisis positivista del registro con la entrada masiva de cerámica a torno y productos de lujo; no sólo en los poblados más próximos a ellos sino también en los muy adentrados al interior, como se constata en las depresiones de Ronda, Antequera, Alhama y en la cuenca alta del Genil (Molina, 1978; 1983), caso del Cerro de la Mora (Carrasco et alii, 1981), Cerro Infantes (Molina et alii, 1982) y Las Agujetas (Pachón et alii, 1979; Pachón y Carrasco, 1983). Esta diversidad geográfica, especialmente en el Alto Guadalquivir, reafirma la pluralidad de intereses de los colonizadores fenicios.

En principio, el acelerado proceso de aculturación se puede entender desde un sistema de contactos que está propiciando el circuito comercial organizado por los fenicios, y que se dirige hacia los sectores más poderosos de las comunidades autóctonas, que controlaban los mecanismos de intercambio (Godelier, 1967; 1977; 1981). Así pues, las aristocracias indígenas, ahora verán reforzada su posición con la entrada de productos de lujo, de bienes para reproducir la jerarquización, desempeñando el papel de intermediarias y redistribuidoras de estos productos y otros más comunes, hacia otras aristocracias y grupos sociales más amplios. De esta forma, el modelo está contribuyendo a consolidar el poder de las aristocracias locales, y a su vez posibilita fomentar los desequilibrios sociales y los enfrentamientos territoriales, como se verá en los siguientes años con la mayor pujanza que adquieren los sistemas de fortificación y el control territorial que se

realiza desde los pequeños recintos fortificados especializados en la coerción externa e interna, en un conflicto por las mejores tierras, ante el interés por la acumulación del excedente agrícola y el control de la circulación de productos, que no es causa de diferenciación social, sino el efecto de la misma.

Como ya habíamos comentado, en estos momentos del siglo VIII a.C., a nivel territorial se produce el abandono del lugar de Cerro de Capellanía y El Castellón en el Pasillo de Colmenar, y del Llano de la Virgen en la cuenca Baja del Guadalhorce, pero este hecho debemos entenderlo como consecuencia de un replanteamiento poblacional-territorial, pues la tónica general que registramos no va a consistir en deshabetar los asentamientos, sino que se relaciona con la proliferación de recintos fortificados (grandes, medianos y pequeños) en todas las zonas localizadas a uno y otro lado del arco subbético malagueño, caso de Aratispi, controlando la vía del Guadalmedina, del Cortijo Catalán en el sur de la Vega de Antequera e inmediato a los dominios serranos, o de Los Castillejos de Teba y Cerro Sabora (Cañete la Real) al oeste de la campiña antequerana, de la Loma de Cuenca en el Bajo Guadalhorce y del Cerro del Balneario en las tierras de Alhama.

Todo este panorama, definido por la creación de recintos fortificados, dibuja una situación de frontera entre dos articulaciones sociales diferenciadas, que a partir de finales del siglo VIII a.C., y muy especialmente en el siglo VII a.C., irá acompañado de una serie de transformaciones en toda el área indígena, que sufre importantes modificaciones estructurales que llevan a un aumento y a una mayor solidez de las fortificaciones, tanto conocidas como nuevas. Pero a su vez nos expresa el afianzamiento territorial de los grupos indígenas, de formaciones sociales independientes y diferenciadas, en una clara posición de demostración de sus intereses por el control del territorio y de las vías de comunicación-intercambio, que ahora se verán revitalizadas por el «circuitos comercial fenicio». No nos debe extrañar esta situación, pues desde el siglo X a.C. estas poblaciones se encontraban bajo la dinámica de interés del «circuitos tartésico» y desde una relación centro/periferia. La irrupción de los semitas con su proyecto colonizador-comercial, va a generar un nuevo ámbito político, y en consecuencia un nuevo circuitos de influencia en oposición a Tartesos. La confrontación de intereses, especialmente por el control del excedente agrario de las depresiones subbéticas y béticas, va a provocar una múltiple relación dialéctica cuyo ámbito más afectado será el de los territorios periféricos indígenas, tanto al territorio nuclear tartésico como del fenicio, conflicto que se puede verificar en la frontera natural y política del arco subbético y al noroeste de la campiña antequerana. Pero una «frontera» no entendida como bloqueo de ideas-contacts a una u otra vía de intercambio, ya que los productos que definen los distintos ámbitos, se hallan tanto en las depresiones de Antequera como en la de Colmenar, sino como efecto de autoafirmación de su propia dinámica político-territorial de las antiguas aristocracias periféricas basadas en la acumulación del excedente agrícola, como estados periféricos frente a las élites de Tartesos y a los mismos fenicios, que en algún momento pudo estar abierta/cerrada a unos y a otros, ante el ámbito expansivo de éstos como también de los otros centros políticos periféricos, dinámica que heredará el mundo ibérico. En definitiva, estos territorios se convirtieron en puntos de confluencias de intereses y de intercambio de los circuitos tartésico y fenicio, donde las élites periféricas sacarán su particular provecho de la situación, como intermediarios, clientes y productores en una relación de mutua dependencia.

A partir del segundo momento, finales del siglo VIII a.C., hasta mediados-finales del siglo VII a.C. (Fig. 11), el mundo colonizador va a sufrir importantes cambios al producirse un aumento de centros urbanos que funcionarán como complementarios de los más antiguos, caso de Cerro del Villar en la entrada al río Guadalhorce (Arribas y Arteaga, 1975; Aubet y Carulla, 1986; Aubet, 1987), y la ampliación en la extensión ocupacional de algunos de ellos, como ocurrirá en Toscanos que conoce una importante aglomeración humana con significados edificios (almacenes y residencia) y la creación del primer sistema de fortificación que rodea el promontorio, proceso que culminará a mediados del siglo VII a.C. cuando se alcanzó su máxima superficie ocupada con la expansión hacia Alarcón y Peñón (Schubart y Arteaga, 1990). Estos acontecimientos indican la necesidad de controlar y defender el territorio frente a los peligros procedentes tanto del interior como desde el mar, y expresan un proceso cada vez más complejo con una clara vinculación territorial y mercantil.

El modelo que ahora se diseña en el Corredor de Colmenar, será casi similar al de siglos anteriores, con una ocupación del espacio físico articulado con un poblado de tamaño grande o mediano, como única tipología de asentamiento, fortificado, y con un claro planteamiento estratégico del control del territorio; constituyéndose a partir de este momento como única forma de poblamiento, en un diseño que parece conducir hacia la consolidación de los modelos aristocráticos-clientelares de carácter local. Es el caso del nuevo poblado fortificado de Cerro del Cabrero (Recio et alii, 1986-87; Recio, 1990; 1993), algo más al norte de donde se encontraba El Castellón, que se presenta como exponente del poder político territorial de la zona centro de la Depresión de Colmenar-Periana, pero subordinado y dependiente del centro de poder localizado en la depresión antequerana; se sitúa en un imponente cerro de accidentada topografía, cuya cima conforma una amplia plataforma que fue usada como lugar de ocupación, y rodeado por impresionantes lienzos de muralla con bastiones rectangulares que son predominantes en el espacio. Su papel podría situarse a partir de su posición en la ruta que a través del Campanillas conecta con la vega antequerana, más que a la potencialidad agraria de su territorio económico.

En la cuenca baja del Guadalhorce parece ser que se abandona el recinto fortificado de la Loma de Cuenca (Coín), actitud que puede que se generalice a lo largo del reborde costero por parte de las poblaciones indígenas. Mientras tanto en la zona occidental de la Campiña de Antequera, más concretamente en la cuenca del río Guadalteba se crean nuevos pequeños recintos fortificados, caso de la Ermita del Calvario (Cañete la Real) (Recio, en prensa), controlando la vía hacia el Bajo Guadalhorce a través de los ríos Guadalete y Corbones. La construcción de estas torres, que dibuja un clásico modelo de enfrentamiento fronterizo, muy posiblemente es la reacción al avance de poblaciones tartésicas o directamente vinculadas con Tartesos, que conduce a un conflicto por el intento de aquellas por controlar la Vega de Antequera, pero este enfrentamiento con el mundo periférico está contribuyendo a la consolidación de este área, que se encuentra en un claro proceso de formación aristocrático. Pero todo ello coincide a su vez con un enriquecimiento de un grupo social más amplio, como se percibe por el aumento de la cantidad y calidad de los productos que se introducen en estas poblaciones, con lo que también el modelo comercial semita está favoreciendo la reproducción del sistema aristocrático.

Los cambios en las distintas comunidades indígenas son ahora muy profundos y pro-

vocan importantes transformaciones en el sustrato local, pues asimilan las nuevas ideas y los aspectos tecnológicos-culturales semitas, como se detecta otra vez desde el análisis positivista del registro en el horno de cerámica a torno de Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada) (Contreras et alii, 1982), en unos momentos donde desarrollan sus propias cerámicas a torno impregnadas de la estética oriental (imitando los modelos fenicios o creando otros nuevos) que monopolizarán el ámbito indígena en detrimento de los productos a mano, o a nivel constructivo, caso de Acinipo (Ronda) (Aguayo et alii, 1986 a y 1986 b) y La Raja del Boquerón (Ardales) (Martín Córdoba et alii, 1991-92), al asumir los nuevos conceptos formales espaciales de las casas semitas (Schubart, 1985 a y b), resultando una planimetría mucho más compleja, caracterizada por habitaciones aglutinadoras de planta rectangular o cuadrangular que indican la existencia de nuevos modos de vida.

Muy probablemente, en los territorios inmediatos a la costa, tal es el nivel de asimilación y aculturación por parte de la población indígena, que se llega a confundir estas poblaciones nativas con los inmigrantes, de no ser por la situación de sus asentamientos al interior, caso de la necrópolis del Cortijo de las Sombras (Frigiliana) (Arribas y Wilkins, 1971). En la franja costera la situación se agrava por el carácter indefinible de ciertos yacimientos que se ubican próximos a los centros fenicios, caso de los Pinares (Moreno, en prensa; Martín Córdoba y Recio Ruiz, 1991), Cerca Niebla (Gran Aymerich, 1973; 1975) y La Loma de Benagalbón (Perdiguero y Recio, 1982-83), que no parecen guardar el patrón de asentamiento semita y que bien pudieron deberse a un poblamiento de indígenas muy aculturados o mixtos, que gravitarían alrededor de los centros fenicios, o bien a un proceso de colonización agraria que se desarrolla desde estos últimos. Pero será la excavación de éstos la que nos defina a que ámbito pertenecieron.

Económicamente, en los territorios del interior se documenta cierta posibilidad de explotación de las minas de hierro, en Arroyo de la Almagra, Cerro Aguila, Cerro de los Borbollones, contexto de Peña de Hierro y en la zona meridional de la Sierra Almirajara (aún en fase de trabajo). Pero lo más sobresaliente será como en la Campiña antequerana (Recio, 1990; 1993; Recio, en prensa) y en la Depresión de Ronda (Aguayo et alii 1987 a y b), se desarrolla una auténtica política colonizadora de grandes proporciones, con un cierto nivel de planificación espacial y funcional, a través de un considerable incremento de pequeños asentamientos de carácter rural, de aldeas agrícolas, dispersas en los fondos de los valles, en llanos o pequeñas lomas, vinculadas con inmejorables tierras para la producción agrícola cerealista. La abundante presencia de ánforas en estos yacimientos, junto con una destacada producción de estos productos que en ocasiones aparecen sellados por tapones de cal, como los documentados en el Cerro de la Mora (Carrasco et alii, 1981), vienen a reafirmar cómo el proyecto económico agrícola fue base fundamental para la estructura política de la sociedad aristocrática, de los distintos estados indígenas de las depresiones subbéticas y béticas, donde la acumulación del excedente agrícola y su control fue a su vez base del conflicto territorial desde el siglo X a.C., como también lo será, entre otros aspectos, para Tartesos y fenicios, pues posiblemente esta eclosión de granjas agrarias es causa/efecto de una mayor demanda interna y externa, junto con un importante aumento demográfico. Pero a su vez, un sobreesfuerzo humano, que define hasta qué punto la aristocracia nativa controla a la población, pues es la responsable de este proyecto económico agrario.

En los momentos finales del s. VII a.C. o en los inicios del siglo VI a.C., los enclaves rurales son abandonados, mientras que se define un poblamiento de grandes «oppida» que constituye el único modelo de hábitat. ¿Qué causas están interviniendo en este hecho?, de un lado la competencia entre los grupos aristocráticos próximos en el espacio, que se convierte en muy preocupante por el agotamiento del modelo de explotación del medio, situación que degenera en una inseguridad creciente que se hace insostenible en los siglos VI-V a.C.; pero a su vez no podemos olvidar que esta concentración sería, a su vez, el reconocimiento espacial formalizado de la organización autoritaria de la producción, que vendría a ser el resultado de un proceso de captura y control de los procesos de trabajo campesino formalizado políticamente.

En definitiva, desde el siglo VIII a.C. se producen trascendentales cambios en las comunidades indígenas, propiciados por las colonias fenicias, que generarán una peculiar cultura material y un proceso político que precipitará el modelo de sociedad del Mundo Ibérico. Pero aún estamos lejos de comprender y reconstruir este período histórico, pues necesariamente se tendrán que aceptar modificaciones en los planteamientos teóricos de los proyectos de investigación, así como contar con el indispensable conocimiento de todos los asentamientos y de la excavación de éstos y otras necesarias investigaciones, que posibilite conocer las secuencias comarcales y los modelos estatales.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, S. (1974): *Sobre el desarrollo desigual de las Formaciones Sociales*. Anagrama. Barcelona.
- AMIN, S. (1980): «Class and nation, historically an in the current crisis». *Monthly review*. N.Y.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M., del PINO, M. y FLORES, C. (1985): «El yacimiento Pre y Protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña 1985». A.A.A. II. Sevilla, pp. 294-304.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M., FLORES, C. y TORRES, M.P. (1986 a): «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda.Málaga). Un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución». *Arqueología Espacial*, 9. Teruel, pp. 33-58.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M. y MARTÍNEZ, G. (1986 b): «Excavaciones en el yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Málaga)». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 333-337.
- AGUAYO, P., MORENO, F., GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1987 a): «Prospección superficial de la depresión Ronda: 2ª Fase: zona noroeste». A.A.A. II. Sevilla, pp. 60-61.
- AGUAYO, P., MORENO, F., GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1987 b): «Prospección superficial de la depresión de Ronda: 3ª Fase: zona sur». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 62-65.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M. y LOBATO, R. (1988): «Los orígenes de Ronda. La secuencia cultural según las primeras excavaciones». *Estudio de Ronda y su serranía*. Nº 1. Granada, pp. 7-26.
- ARRIBAS, A. y WILKINS, J. (1971): *La necrópolis del Cortijo de las sombras (Frigiliana. Málaga)*. Granada.
- ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. (1975): El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). *C.P.U.G. Serie monográfica, número 2*.
- ARTEAGA, O. (1977): «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península». *Ampurias*, 38-40.
- ARTEAGA, O., HOFFMAN, G., SCHUBART, H. y SCHULZ, H.D. (1985): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea (1985)». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 117-122.
- AUBET, M.E. (1974): «Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)». *Pyrenae*, pp. 79-108.
- AUBET, M.E. (1987 a): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Editorial Bellaterra. Barcelona.
- AUBET, M.E. (1987 b): «Cerro del Villar 1987. Informe de la primera campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp 310-316.
- AUBET, M.E. y CARULLA, (1986): «El asentamiento fenicio-púnico del Cerro del Villar. Arqueología y Paleogeografía del Guadalhorce y de su hinterland». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 425-430.
- AUBET, M.E., MAAS-LINDEMANN, G. y SCHUBART, H. (1979): «Chorreras, un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo». *N.A.H.*, 6, pp. 91-134.
- BARCELÓ, J.A. (1989): «Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica». En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Editorial AUSA. Sabadell (Barcelona), pp. 189-208.
- BRUMFRELD, E.M. y EARLE, T. (1987): *Specialization, exchange, and complex societies*. Cambridge Univ. Press. London.
- BURILLO, F. (1981): «La aplicación de los modelos del lugar central a la arqueología». *Primeras jornadas de metodología prehistórica*. Soria, pp. 431-441.
- CARNEIRO, R.L. (1981): "The chiefdom: precursor of the state". En C.D. Jones y R.D. Kautz (eds): *The transition to the statehood in the new world*. Cambridge. University Press.
- CARRASCO, J., NAVARRETE, Mª S., PACHÓN, J.A., PASTOR, M., GÁMIZ, J., ANIBAL, C. y TORO, I. (1986): *El poblamiento antiguo en la tierra de Loja*. Excmo. Ayuntamiento de Loja. Granada.
- CAZZELA, A. (1982): Metodo e teoria nella ricerca territoriale statunitense. *Dialoghi di Arqhaeologia*, 19-26.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A. (1981): «Cerro de la Mora. Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4». *C.P.U.G.* Granada, pp. 307-354.
- CONTRERAS, F., CARRIÓN, F. y JABOLY, E. (1982): «Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente. Granada)». *C.N.A.* XVI. Zaragoza, pp. 533-537.
- EARLE, T. (1978): Economic and social organization of complex Chiefdom: The Halelea District, Kanaii, Hawaii». *Anthropological. 63 Papers*. Univ. og Michigan.
- ESPEJO, Mª M. y CANTALEJO, P. (1988): «Informe sobre las prospecciones arqueológicas superficiales realizadas en el Valle del Turón. Málaga. 1988». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 108-115.

- ESPEJO, M^a M. y CANTALEJO, P. (1989): «Informe sobre las prospecciones arqueológicas realizadas en el Valle del Río Turón (Casarabonela-El Burgo). Año 1989». A.A.A. Sevilla. Tomo II, pp. 81-84.
- ESPEJO, M^a M., RAMOS MUÑOZ, J., CANTALEJO, P. y MARTÍN CÓRDOBA, E. (1989): «Análisis espacial e histórico en el valle del río Turón». *Revista de Arqueología*. nº 93. Madrid, pp. 29-37.
- FERNÁNDEZ, J., FERRER, J.E. y MARQUÉS, I. (1991-92): «El Llano de la Virgen, Coin (Málaga). Estudio de sus materiales». *Mainake*, XIII-XIV. Málaga, pp. 5-27.
- FRESNEDA, E. y RODRÍGUEZ, M^a. (1982): «El yacimiento de los Baños (La Malá. Granada)». *C.P.U.G.* 7. Granada, pp. 331-357.
- FRIEDMAN, J. y ROWLANDS, M.J. (1978): *The Evolution of Social Systems*. Univ. Pittsburgh Press. London.
- GARCÍA, E., MORGADO, A. y RÓNCAL, M.E. (1995): «Valle del Guadalteba, una región idónea para el estudio del indigenismo precolonial». *Revista de Arqueología*, 165, Enero, 1995; pp. 32-41.
- GODELIER, M. (1967): *Racionalidad e irracionalidad en economía*. Siglo XXI. Madrid.
- GODELIER, M. (1977): «Modo de producción asiático y los esquemas marxistas de evolución de las sociedades». En *Sobre el Modo de Producción Asiático*. Martínez Roca. Barcelona.
- GODELIER, M. (1981): *Instituciones económicas*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos». *Archivo Español de Arqueología*. LVI: 3-36.
- GRAN AYMERICH, J. (1973): «Recientes excavaciones en Vélez-Málaga». *Jábega*, 4. Málaga, pp. 74-79.
- GRAN AYMERICH, J. (1975): «Cerca Niebla- El Vado 1972. Excavaciones arqueológicas sobre el curso inferior del río Vélez en la provincia de Málaga». *N.A.H. Arqueología*, 3, pp. 141-189.
- GRAN AYMERICH, J. (1981): «Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga. Campaña 1973». *N.A.H.*, 12, pp. 301-370.
- GRAN AYMERICH, J. (1983 a): «Málaga ville phénicienne». *Archéologia*, 1979, pp. 34-40.
- GRAN AYMERICH, J. (1983 b): «Málaga. Excavaciones en el área del teatro romano». *Revista de Arqueología*, 31. Madrid, pp. 58-61.
- HARRISON, R.J. (1988): *Spain at the dawn of history*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HOFFMAN, G. (1987): Holozänstratigraphie und Küstenlinienverlagerung an der andalusischen Mittelmeerküste. *B.F.G.U.B.*
- INSERLIN, B.S.J. (1978): «Preliminary Note on Archaeological Trial Excavations Undertaken at Málaga». *Actes du II Congrès International d'Etudes des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, I, Argel, pp. 43-45.
- KRISTIANSEN, K., LARSEN, M. y ROWLANDS, M.J. (1986): *Centre-Periphery, relations in the Ancient World*. Cambridge Univ. Press. Cambridge.
- MARTÍN CÓRDOBA, E. (1994): *La secuencia del Cerro de Capellania (Periana.Málaga) en su contexto de la Prehistoria Reciente de la Depresión de Colmenar-Periana y su contribución al estudio de las industrias líticas talladas*. Tesis Doctoral. Inédita. Sevilla.
- MARTÍN CÓRDOBA, E. y RECIO, A. (1991): «La protohistoria de Algarrobo». En Recio, A.; Martín Córdoba, E.; Cabello, J. y Ramos Muñoz, J.: *Historia de Algarrobo, desde sus orígenes hasta la Época medieval*. Málaga, pp. 87-168.
- MARTÍN CÓRDOBA, E., RECIO, A., RAMOS MUÑOZ, J., ESPEJO, M.M. y CANTALEJO, P. (1991-92): «Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del río Turón y su intersección con el Guadalhorce (Ardales/Campillos.Málaga)». *Mainake*. XIII-XIV. Málaga, pp. 51-78.
- MARTÍN CÓRDOBA, RECIO, A. y RAMOS MUÑOZ, J. (en prensa): «Prospecciones arqueológicas superficiales en la Depresión de Colmenar (Málaga)». A.A.A.
- MARTÍN de la CRUZ, J.C. (1989): «El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir». En *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Editorial AUSA. Sabadell (Barcelona), pp. 121-143.
- MOLINA, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». *C.P.U.G.*, 3. Granada, pp. 159-232.
- MOLINA, F. (1983): «De las primeras culturas al Islam». En *Historia de Granada*, Vol. I. Editorial D. Quijote. Granada, pp. 7-133.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SAEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P. y ROCA, M. (1982): «Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en Cerro de Los Infantes». *C.N.A.*, XVI, pp. 689-706.
- MORENO, A. (En prensa): «Excavación de emergencia en el yacimiento "Los Pinares". Trayamar-Algarrobo». Septiembre. 1987.

- MORENO, A. y RAMOS MUÑOZ, J. (1982-83): «Peña de Los Enamorados. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la Depresión de Antequera». *Mainake* IV-V. Málaga, pp.53-74.
- MUÑOZ GAMBERO, J.M. (1975): «Inventario del material arqueológico aparecido en las excavaciones del teatro romano de Málaga». *Jábega*, 12. Málaga, pp. 25-26.
- NIEMEYER, H.G. (1982): «El yacimiento de Toscanos: Balance de investigación 1964-1979». *Huelva Arqueológica*, 6, pp. 101-129.
- NOCETE, F. (1989 a): «El análisis de las relaciones Centro/Periferia en el Estado de la Primera Mitad del Segundo Milenio a.C. en las campiñas del Alto Guadalquivir: La Frontera». *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13. Teruel, pp. 37-61.
- NOCETE, F. (1989 b): El Espacio de la coerción. La transición al Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000 - 1500 a.C. *BAR International Series*. 492.
- PACHÓN, J.A., CARRASCO, J. y PASTOR, M. (1979): «Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil». *C.P.U.G.*, 4. Granada, pp. 295-340.
- PACHÓN, J.A. y ULIERTE, M^a T. (1980): «Bronce Final en Fornes, Granada y el problema de las relaciones este y oeste al sur de la Península Ibérica». *IV C.N.A. Faro*.
- PACHÓN, J.A. y CARRASCO, J. (1983): «Influencias fenicias en la Vega de Granada». *C.N.A. VXII*. Zaragoza, pp. 479-487.
- PAYNTER, R.W. (1985): «Surplus Flow between Frontiers and Homelands». *The Archaeology of Frontiers and Boundaries*. Green and Perlman (ed.). *Studies in Archaeology*. Acad.Press. Inc. Orlando. Florida, pp. 163-213.
- PELLICER, M. (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental». En *Tartesso. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Editorial AUSA. Sabadell (Barcelona), pp. 147.187.
- PERDIGUERO, M. (1991-92): «La Fase del Bronce Final en Aratispí (Cauche el Viejo. Antequera)». *Mainake* XIII-XIV. Málaga, pp.29-50.
- PERDIGUERO, M. y RECIO, A. (1982-83): «La Loma: un nuevo asentamiento fenicio en la provincia de Málaga». *Mainake*, IV-V. Málaga, pp. 111-132.
- RAMOS MUÑOZ, J., ESPEJO, M^aM., CANTALEJO, P. y MARTÍN CÓRDOBA, E. (1987): «Informe sobre las prospecciones arqueológicas superficiales realizadas en el Valle del Turón, Término Municipal de Ardales (Málaga)». *A.A.A. Tomo II*. Sevilla, pp. 66-72.
- RECIO, A. (1984-85): «Aportación a la carta arqueológica del Término Municipal de Archidona (Málaga). Estudio de un nuevo yacimiento ibérico». *Mainake* VI-VII. Málaga, pp. 91-103.
- RECIO, A (1990): «El poblamiento ibérico en la provincia de Málaga.I. Proceso formativo”. *Jábega*, 68. Málaga, pp-3-11.
- RECIO, A. (1988) : «Prospecciones arqueológicas en la cuenca del Guadalhorce (Málaga)». *A.A.A.Tomo II*. Sevilla, pp. 232-235.
- RECIO, A. (1991): «Los Castillejos de Teba (Málaga). Un recinto fortificado del Ibérico Pleno». *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibérica - fortificacions*. Manresa, pp. 303- 308.
- RECIO, A. (1993 a): «Vestigios materiales de ascendencia fenicio-púnica en la provincia de Málaga». *Madrider Mitteilungen*, 34. Madrid, pp. 127-141.
- RECIO, A. (1993 b): «Informe Arqueológico del Término Municipal de Cañete la Real». Departamento de Arqueología de la Excm. Diputación de Málaga.
- RECIO, A (En prensa): «Iberos en Málaga». *I Congreso de Historia Antigua de Málaga*. Octubre, 1994.
- RECIO, A., RODRÍGUEZ, P., FERRER, J.E., SÁNCHEZ, S., RAMOS MUÑOZ, J., MARTÍN CÓRDOBA, E., POZO, S. y FERNÁNDEZ, L.E. (1986): «Excavación arqueológica de urgencia en el Cerro de Capellanía (Presca de la Viñuela. Málaga)». *A.A.A Tomo III*. Sevilla, pp. 247-251.
- RECIO, A., RAMOS MUÑOZ, J. y MARTÍN CÓRDOBA, E. (1986-87) : «Aproximación al poblamiento neolítico y calcolítico del Término Municipal de Almogía (Málaga)». *Mainake* VIII-IX. Málaga, pp. 59-88.
- RECIO, A., MARTÍN CÓRDOBA, E. y RAMOS MUÑOZ, J. (1991) : «Prospección superficial en yacimientos ibéricos de la cuenca vertiente del río Guadalhorce (Málaga)». *A.A.A. Sevilla*.
- RECIO, A., MARTÍN CÓRDOBA, E. y RAMOS MUÑOZ, J. (1993) : «PROYECTO: Investigaciones arqueológicas en la cuenca media del Guadalhorce. Prospección superficial en yacimientos ibéricos de la cuenca vertiente del río Guadalhorce (Málaga)». *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía*, 1985-1992. Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. Huelva, pp. 481-488.
- RUEDA, F. (1974): «Materiales de la Edad del Bronce en San Telmo (Málaga)». *Jábega*, 6. Málaga, pp. 63-68.

- ROWLANDS, M. (1987): «*Centre and Periphery: A review of a concept*». En Rowlands, M.; Larsen, M. y Kristiansen, K. (ed.). *Centre and Periphery in the ancient world*. New Dir. Arch. Cambridge. Cambridge, pp. 1-11.
- SCHUBART, H. (1976-78): «Excavaciones en el Morro de Mezquitilla 1976». *Ampurias* 38-40, pp. 559 y ss.
- SCHUBART, H. (1979): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar de la campaña de excavaciones 1976». *N.A.H.*, 6, pp. 175-218.
- SCHUBART, H. (1982): «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica». *Huelva Arqueológica* VI, pp. 71-99.
- SCHUBART, H. (1984): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de Mezquitilla cerca de la desembocadura del río Algarrobo». *N.A.H.* 19, pp. 87-101.
- SCHUBART, H. (1985): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo». *N.A.H.* 23, pp. 143-174.
- SCHUBART, H. (1986): «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)». En G. del Olmo Lete y M^º E. Aubet. «*Los fenicios en la Península Ibérica*». Editorial AUSA. Sabadell. Vol. I, pp. 39-58.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «*El mundo fenicio de las colonias occidentales*». Homenaje a Luis Siret (1934-1984). Sevilla, pp. 499-525.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1990): «La colonización fenicia y púnica». En *Historia de España*, vol. I. Ed. Planeta. Barcelona, pp. 431-470.
- SCHUBART, H. y NIEMEYER, H.G. (1969): «La factoría paleopúnica de Toscanos». *V Symp. Preh. Pen. Jerez de la Frontera*, 1968. Barcelona, pp. 203-219.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H.G. y PELLICER, M. (1969): Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964. *E.A.E.* 66.
- SCHUBART, H., SCHULZ, H. D., ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G. (1989): "Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía Mediterránea". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 27. Madrid, pp. 61-66
- VILLASECA, F. (1987): «Informe arqueológico del Término Municipal de Almargen». A.A.A. Tomo II. Sevilla, pp. 509-512.
- VILLASECA, F. (1993): «La estela decorada y la espada de lengua de carpa del Bronce Final de Almargen. Málaga». *Baetica*, 15. Málaga, pp. 217-226.

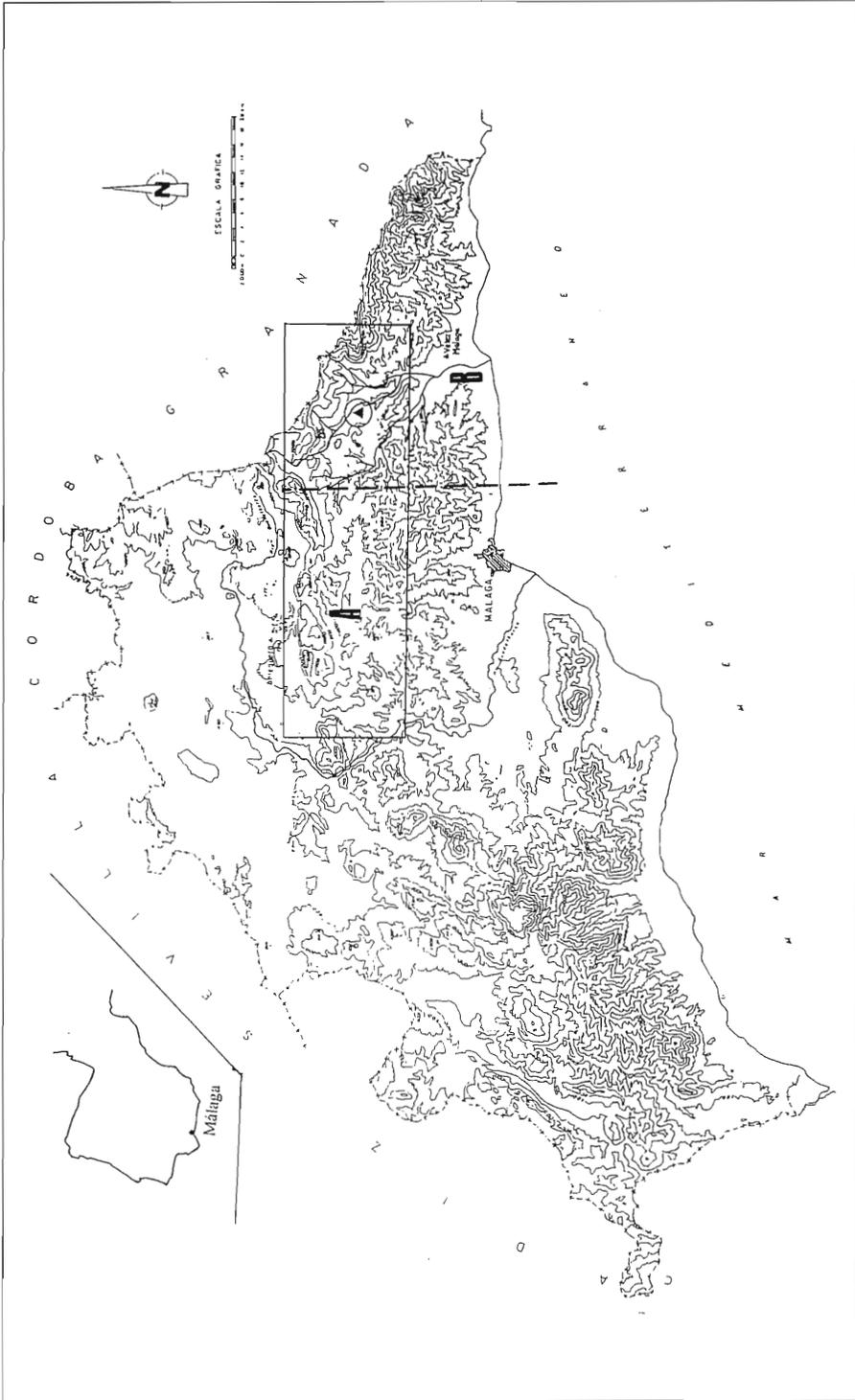
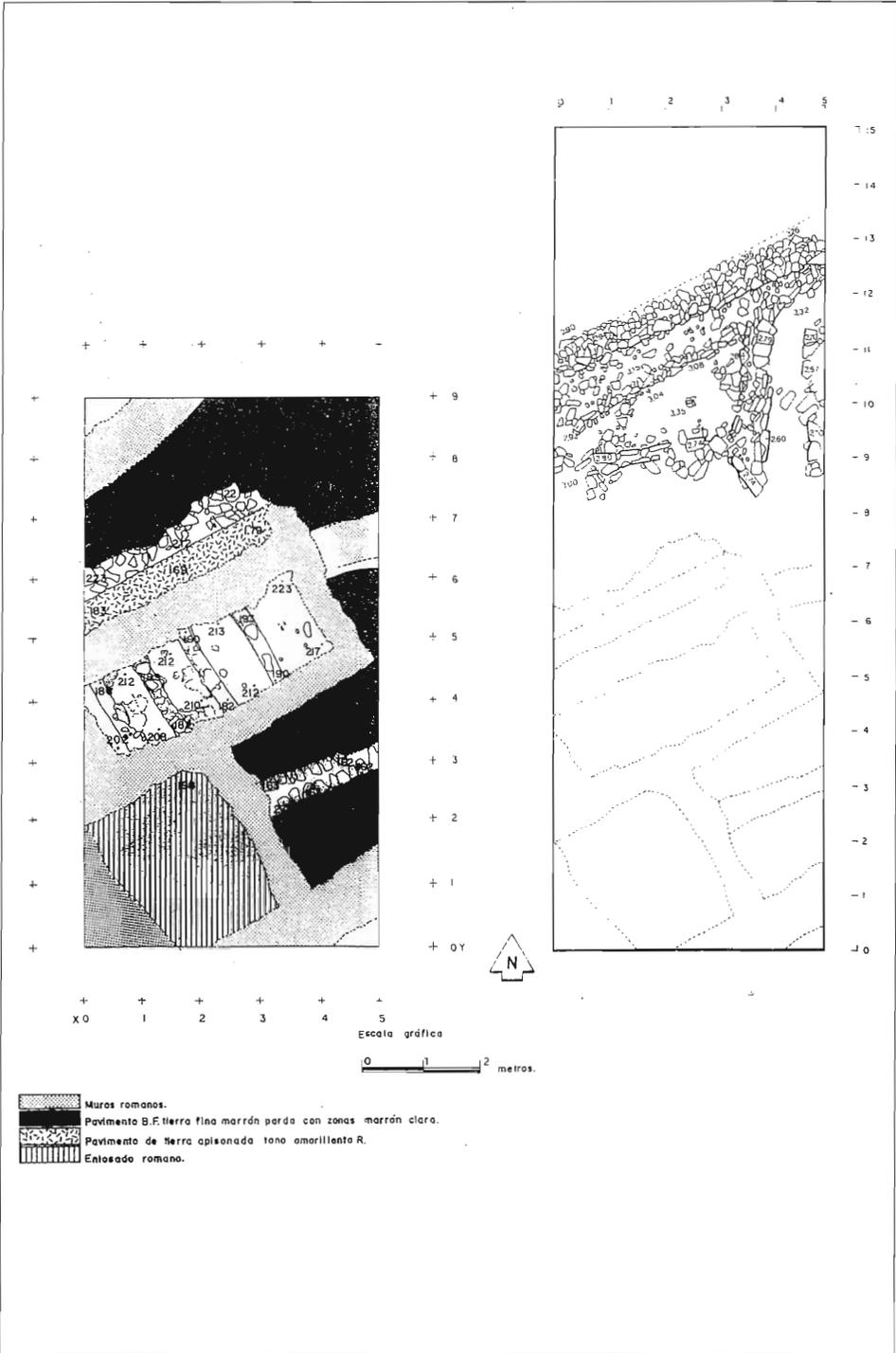


Fig. 1. Localización del Cerro de Capellanía en la provincia de Málaga. A: Depresión de Colmenar-Periana. B: Comarca de la Axarquía



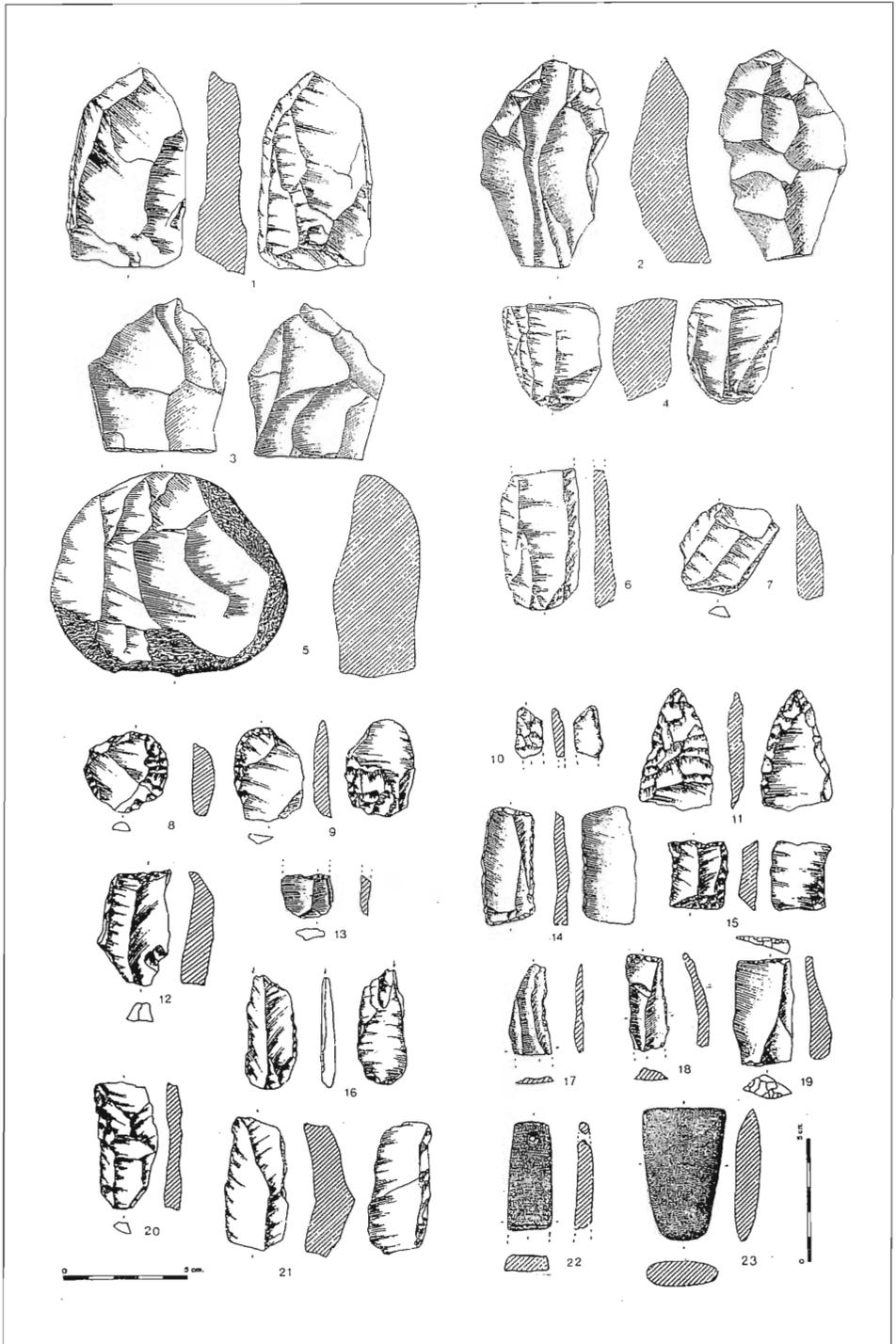


Fig. 4. Productos líticos tallados y pulimentados de finales del II milenio a.C. (Fase VII. Capellania).

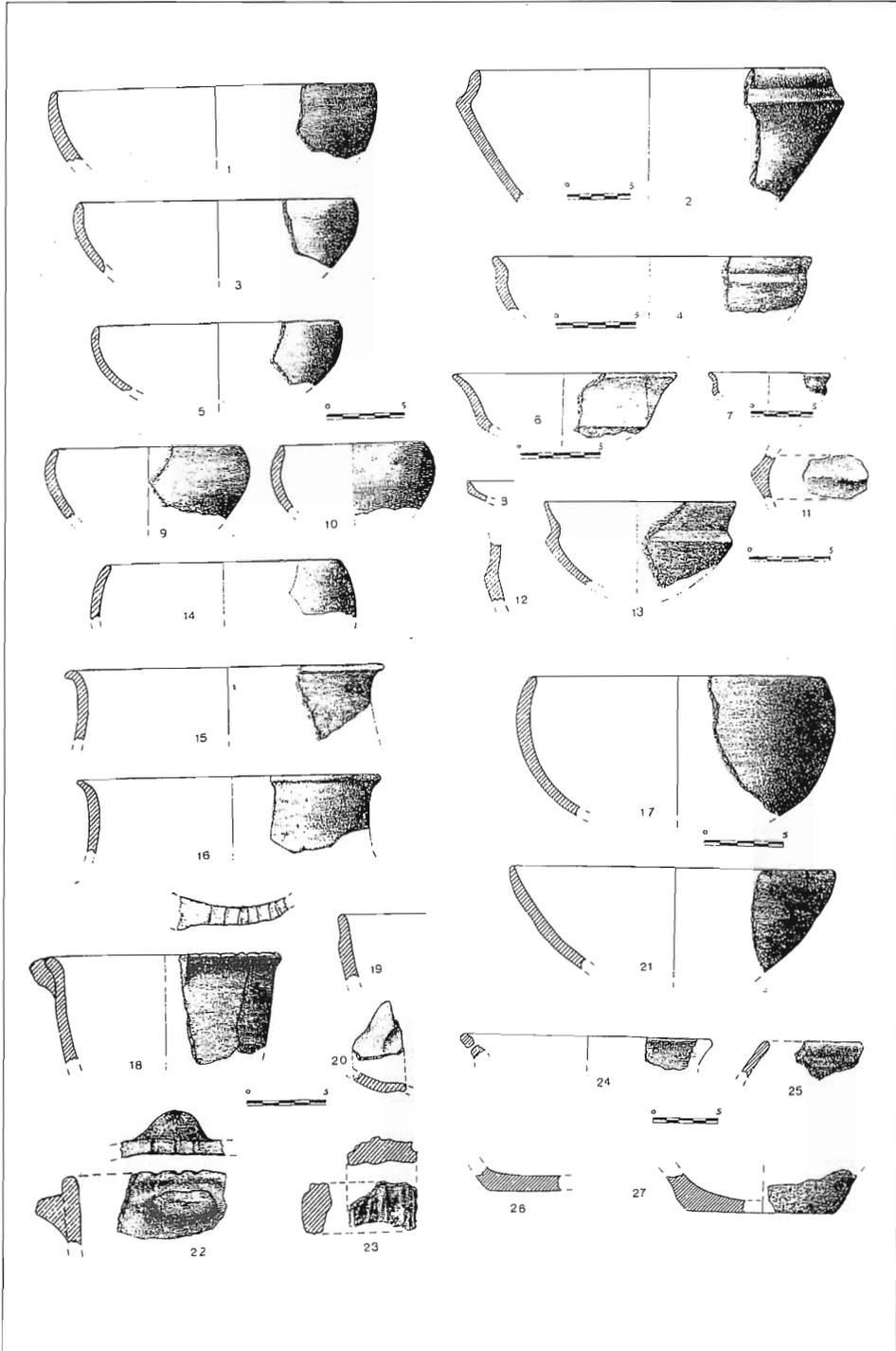


Fig. 5. Productos cerámicos de finales del II milenio a.C. (Fase VII. Capellania).

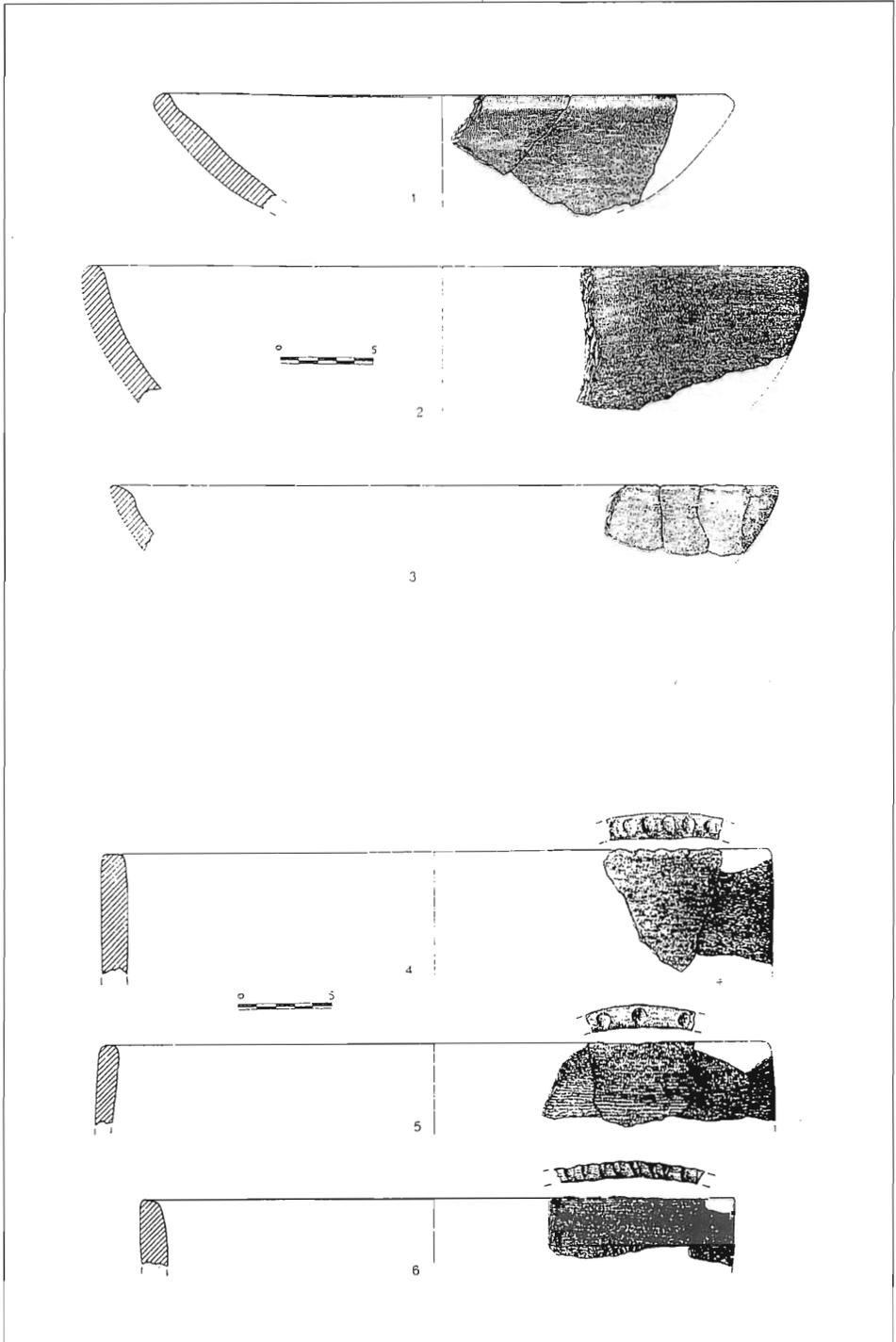


Fig. 6. Productos cerámicos de finales del II milenio a.C. (Fase VII, Capellania).

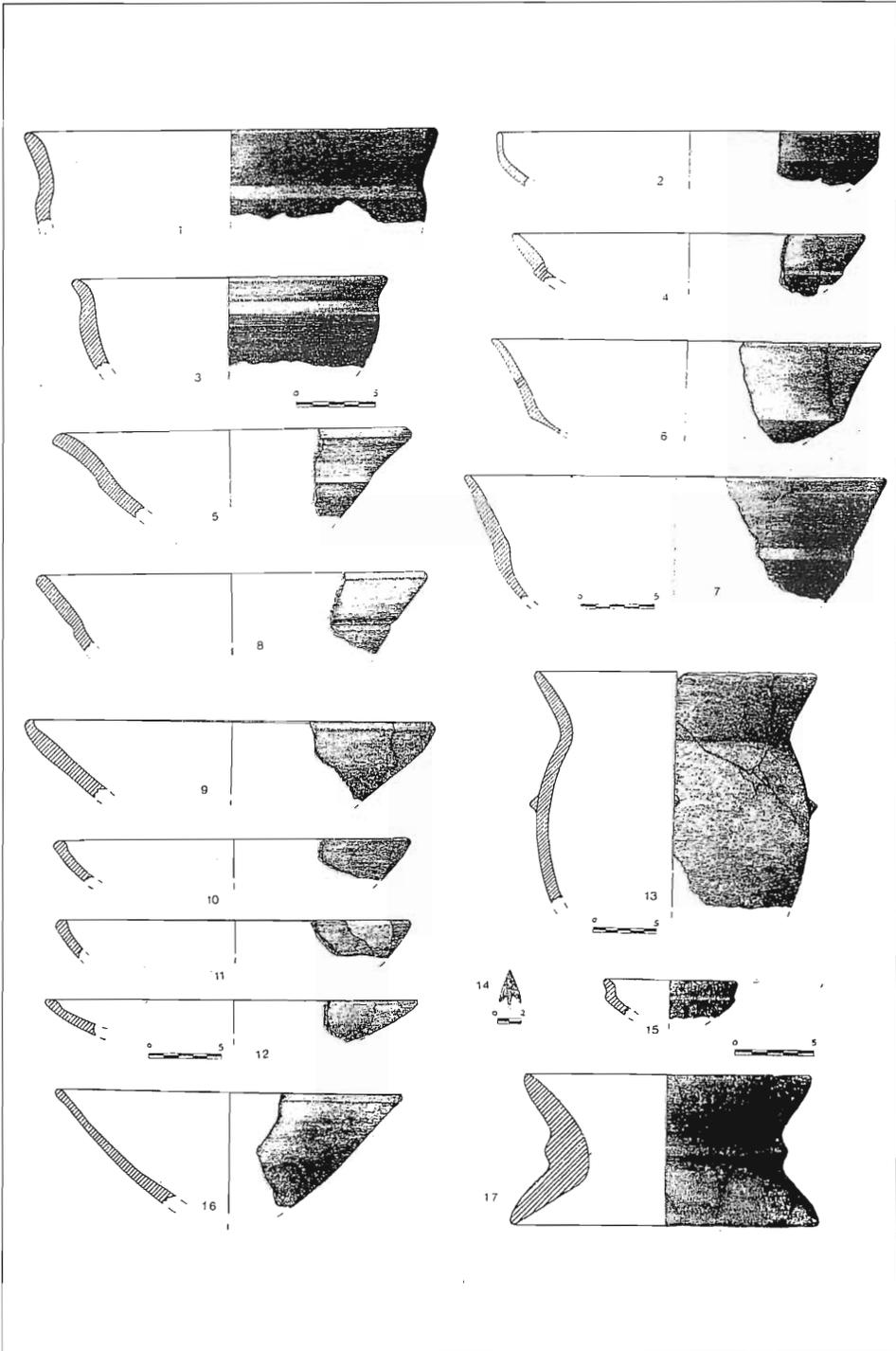


Fig. 7. Productos cerámicos de los inicios del I milenio a.C. (Fase VIII. Capellania).

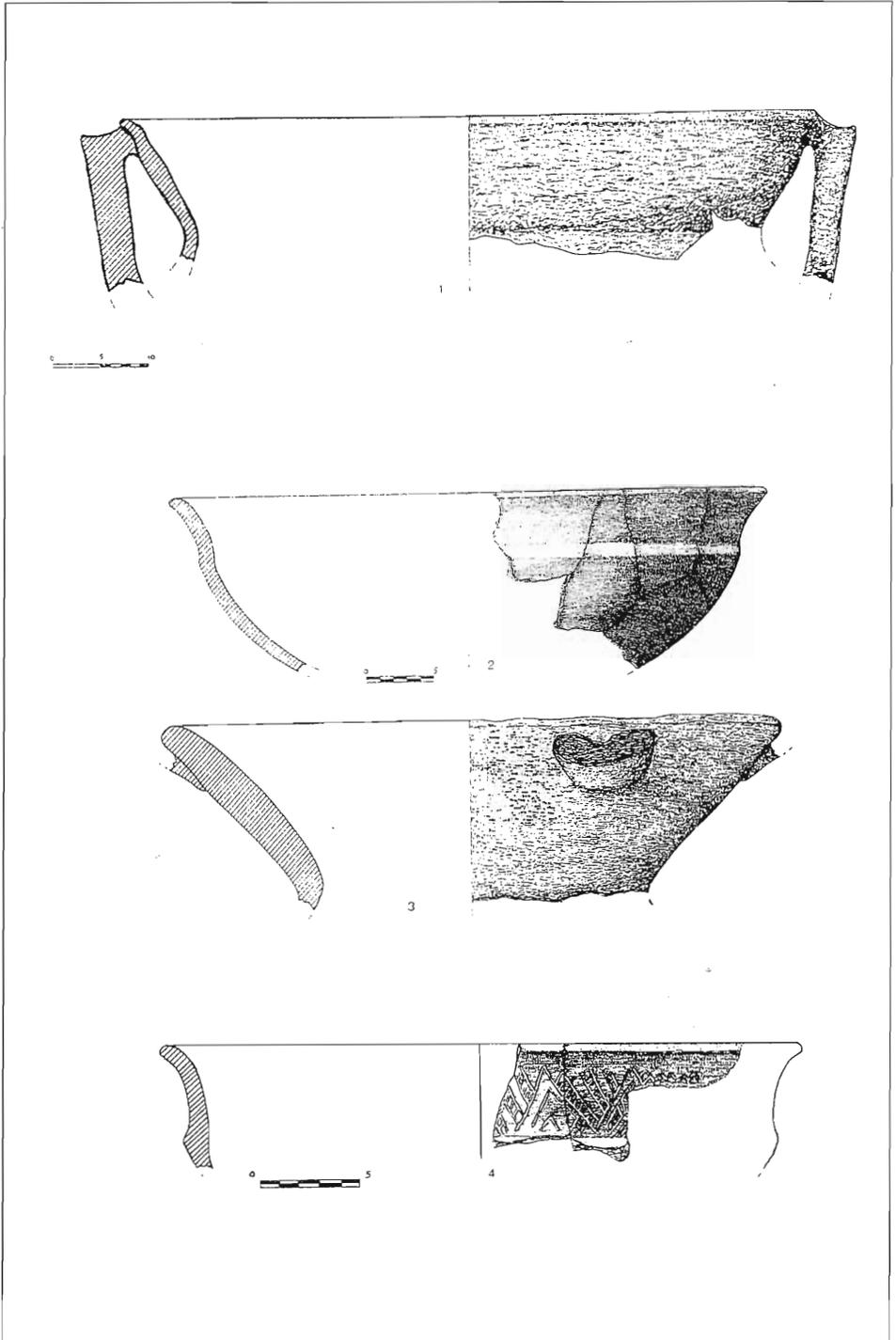
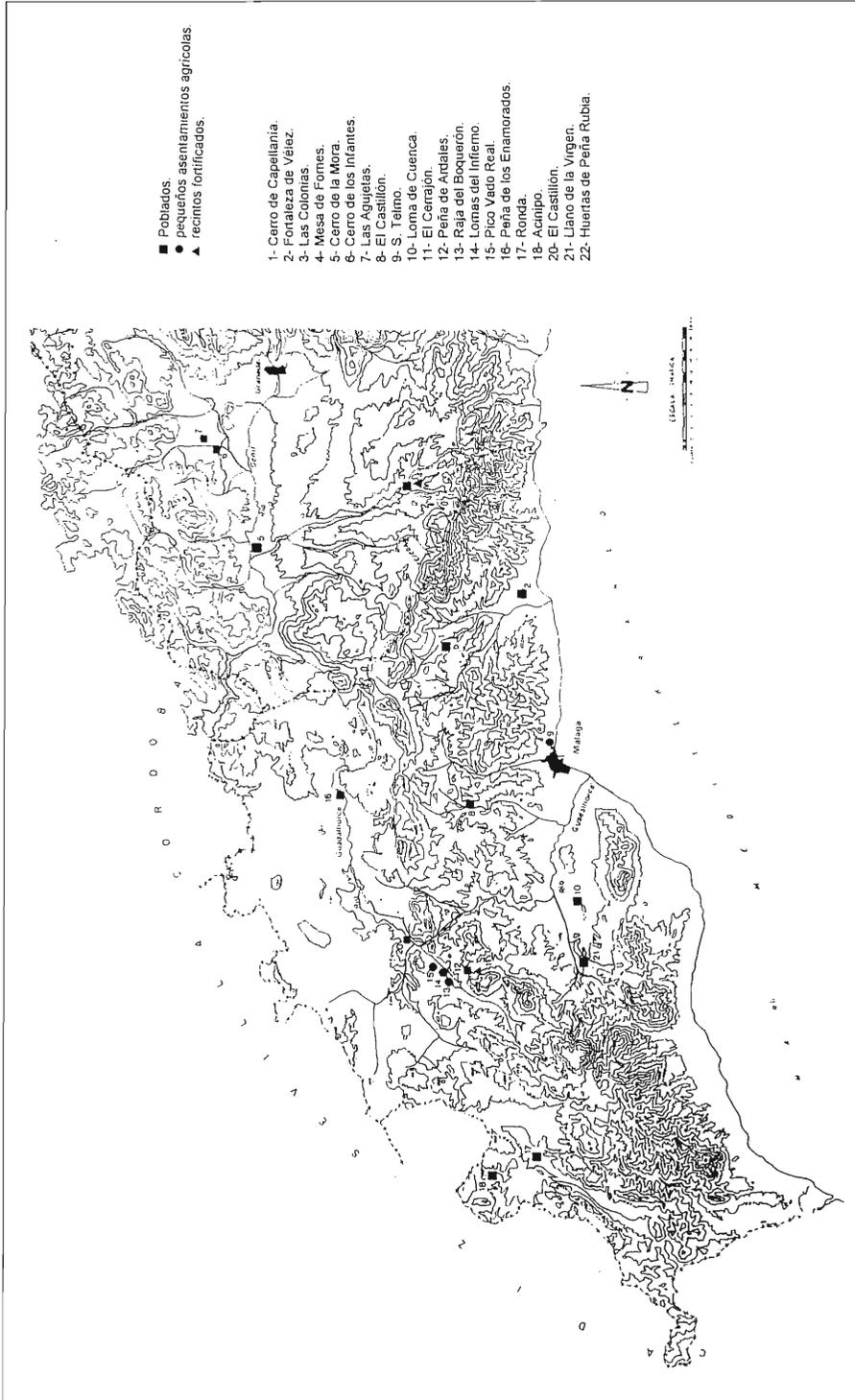


Fig. 8. Productos cerámicos de los inicios del I milenio a.C. (Fase VIII. Capellania).



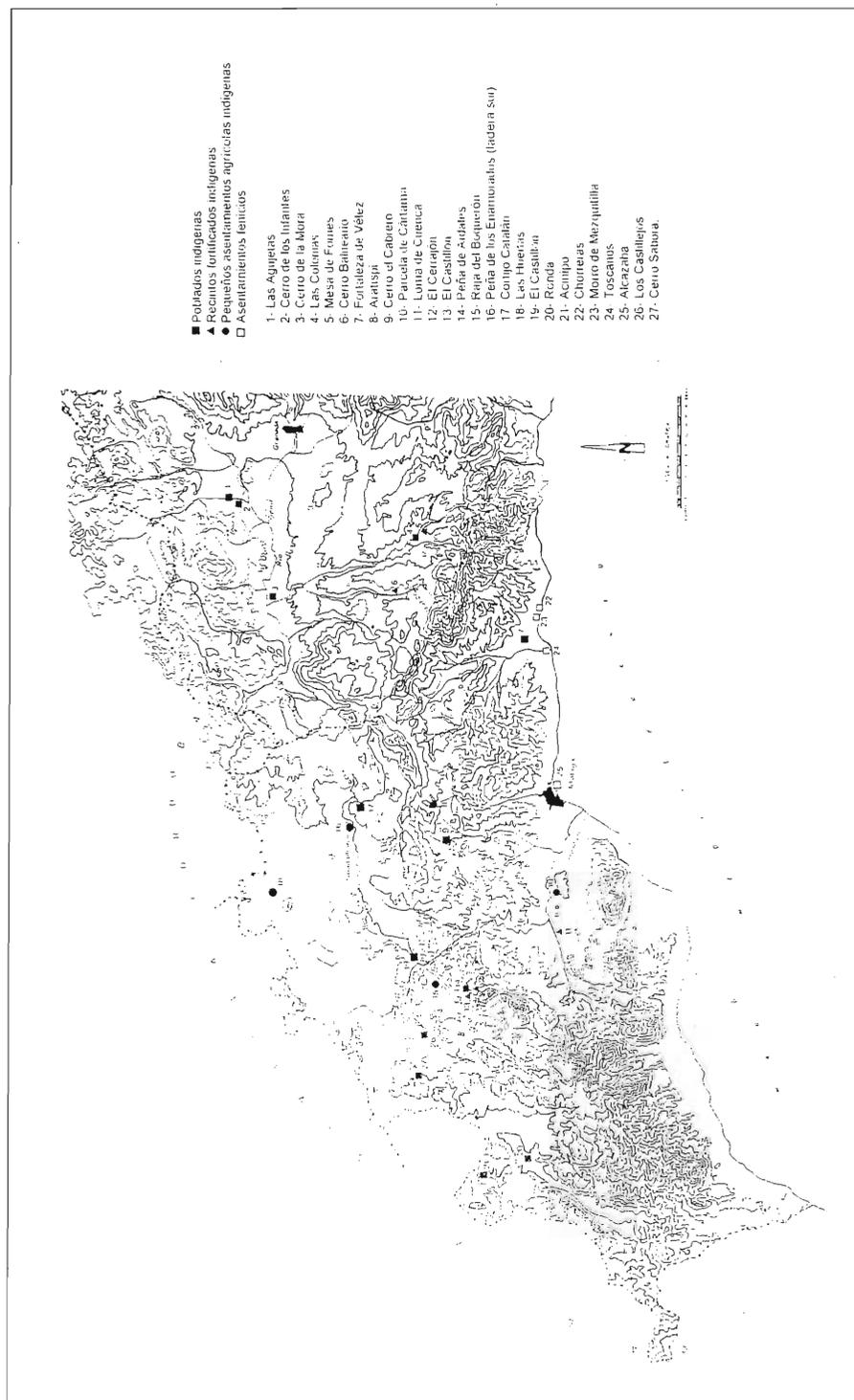


Fig. 10. Distribución del poblamiento hacia el siglo VIII a. C. y los inicios del siglo VII a. C. aproximadamente, en la provincia de Málaga.

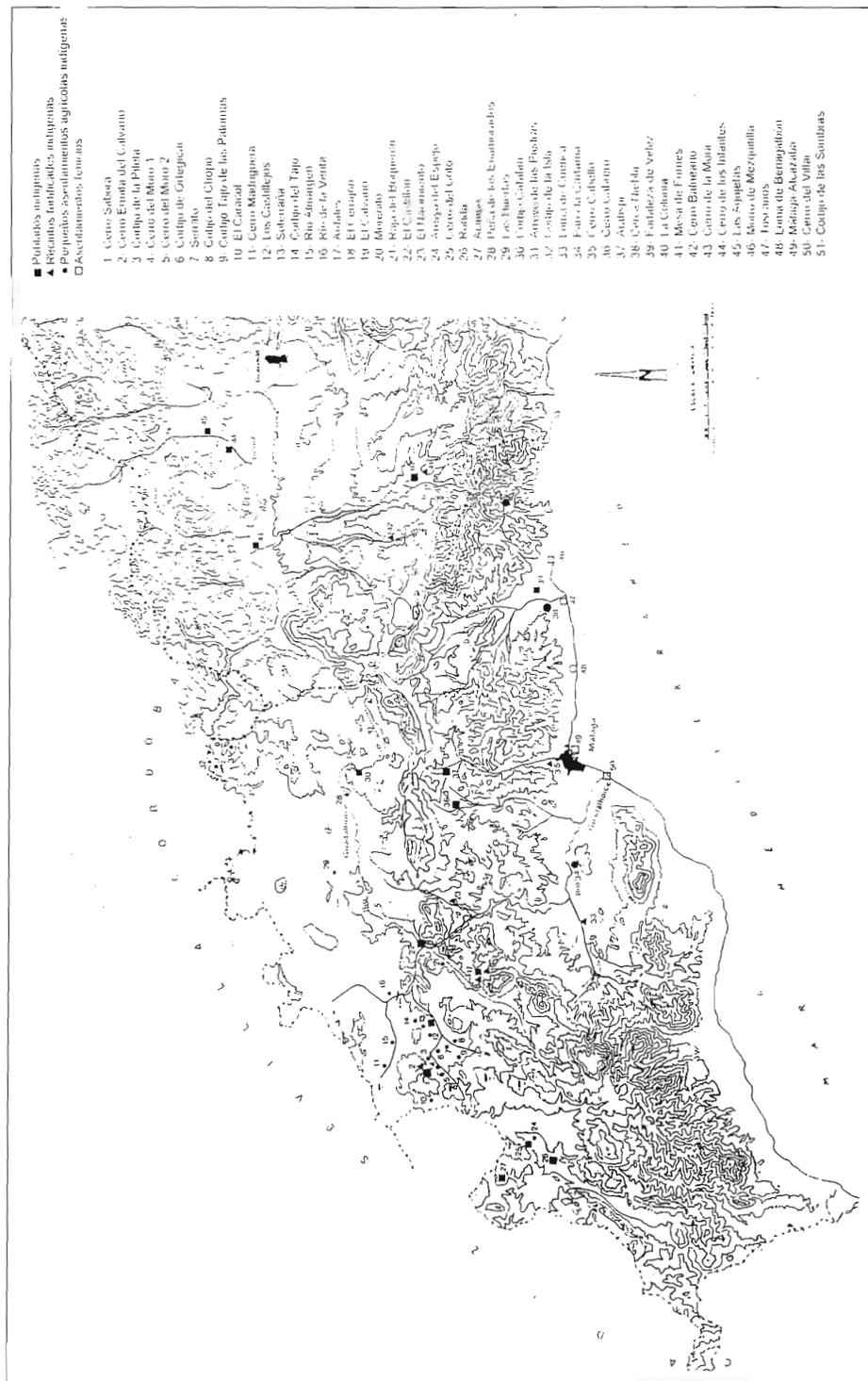
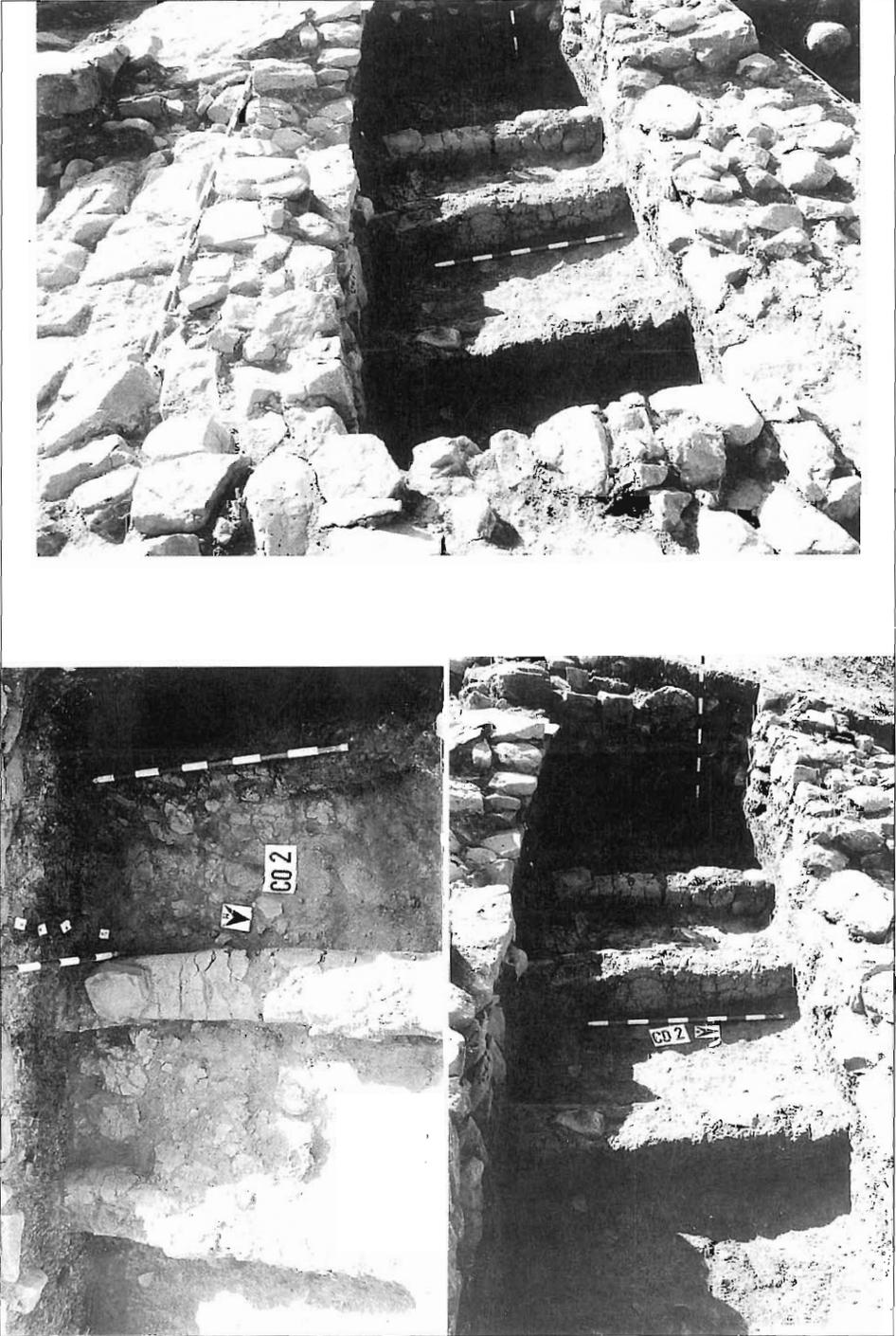


Fig. 11. Distribución del poblamiento hacia el siglo VII a.C. aproximadamente, en la provincia de Málaga.



Foto 1. Vista general del Cerro de Capellania en su contexto del Alto Vélez.



Fotos 2, 3 y 4. Distintas perspectivas del horno metalúrgico del bronce final, con los muretes de adobe. Los muros de piedra son de época romana.